Yawar y los hijos del Sol

1. La última noche de un niño

Un murmullo se siente en las calles, aunque ya no haya luz solar. Por las noches, prenden unas hogueras y se congregan alrededor del calor aquellos que no duermen de día. Desde antes de los tiempos del imperio, fueron considerados contempladores de la Luna y las estrellas, o bien, criaturas de la oscuridad silenciosa. Algunos preparan en silencio la labor de mañana, otros aprovechan la calma del ambiente para contactar a dioses protectores.

Algunos otros se aprovechan de lo oscuro, y desde puntos estratégicos, vigilan el poblado desde las sombras en torreones elevados. No falta los que recorren incansablemente el gran camino, para llevar bienes o mensajes de un lado a otro. La Luna es testigo de diversos sucesos, pero, para la gran mayoría, sin embargo, es el final de una jornada regular en el valle de Caral. Los que no duermen, no por eso dejan de trabajar, sino que ocupan sus noches para hacer algo, y así, terminan no durmiendo con una finalidad, pero no es así para Yawar, quien no puede dormir porque sabe quién viene mañana.

Se abriga, ajustándose el poncho más de lo normal y espera sólo, más solitario que nunca, en su chocita, la hora de la luz. Lo suyo es la angustia. Tiene la inquietud de saber si esto es real; Si es verdad que su nombre es Yawar, y si es realmente distinto de otros. Considera en sus pensamientos que en el pueblo se dice que tiene ya trece lunas puras. Se pregunta por qué vive sin compañía, a diferencia de otras familias, que viven con varios integrantes en el mismo ayllu (o núcleo familiar/grupo de familias). Yawar no tiene a nadie y se suele sentir perdido o confundido, ya que no tiene a nadie que pueda explicarle las cosas. La mayoría de niños le toman por tonto, o que anda con el entendimiento con retraso, como si creciera su cuerpo, pero no su inteligencia.

Cada ayllu o conjunto de familias (o gran familia) tiene un guía, llamado el cóndor, o Mallku, quien lidera al núcleo, pero Yawar no tiene ni cóndor, ni hermanos, ni a nadie y sus horas pasan de modo lento, bien sea en la terraza de cultivo, o bien, en ese jardín donde escarba la tierra y luego la regresa. Luego, escucha atentamente a los curacas (o sacerdotes descendientes del cóndor de cada ayllu) decir algunas palabras sobre muchos dioses, de los cuales se dicen cosas maravillosas y con estos pensamientos va a dormir, aunque no entienda ni la mitad de las palabras que se utilizan. Eso es lo que pasa normalmente; Pero no esta noche. No hay nada de reposo para el corazón del perturbado Yawar.

Por las mañanas come lo que le han dejado, e inmediatamente después, va a ayudar y aprender con el hombre que siembra campos. Cuando ha terminado con la pequeña terraza, se sienta a descansar y beber un jugo delicioso y nutritivo, que desconoce cómo se prepara, ni de dónde proviene. No sabe, el perdido Yawar, que él mismo ha sembrado el cultivo que ha fermentado hasta llegar al resultado de esa bebida, y que disfruta cada tarde, mientras escucha al curaca (o sacerdote) referir bastantes cosas que no entiende desde lo alto de una pirámide escalonada.

Luego todos hacen cosas distintas, pero Yawar, como no tiene a nadie, y no conoce otro asunto, se la pasa el resto del día jugando con la tierra en una zona fuera de su chocita. Hace huecos pequeños, descubre cosas que a veces sorprenden a los más grandes y luego regresa todo a su sitio para ir a dormir. Una vez desenterró un hueso enorme, y en otra ocasión halló un arma antigua de un pueblo más viejo.

La mayoría de personas tiene una vida bastante parecida, en términos generales: trabajar para el imperio, descansar, vivir en paz, excepto que sus labores se enfocan en prácticas bastante diversas y todas se enfocan al bien conjunto. Trabajas para el Tawa Inti Suyo, (es decir, para el imperio del Sol con cuatro regiones), el imperio congrega todo en gobiernos descentralizados, regidos por un cacique, y luego lo reparte, mediante su sagaz red de caminos. Debe haber métodos más eficientes, pero es cómo funcionan las cosas en el antiguo valle de Caral, bajo el imperio del Sol del Cuzco. Dicen los viejos que antes era peor, y que la vida ha sido más fácil desde que los jefes locales se han unido a ese gran emperador al que llaman Sapa Inca, quien es un Dios por sí mismo, al ser hijo directo del Dios Sol.

Un día, (se contaba entre las voces de la hoguera cercana), llegaron al valle un grupo de guerreros con túnicas doradas. Todo esto sucedió antes de que los jefes locales cedan el poder al Sapa Inca. Ellos pidieron audiencia con el rey de la zona, pero nadie entendió a qué se referían. Cuando los líderes de los clanes más importantes que conformaban las familias antiguas del valle de Caral aparecieron ante ellos, fueron analizados por los viajeros. Reconocieron, entonces, que tenían una cultura propia y antigua por sí misma y les declararon que venían en paz. Sin negociaciones, les ofrecieron como un regalo los secretos de cultivo de su gente, de su orden social, de los valores morales que sostenían y la existencia de dioses ocultos. Cuando los jefes antiguos de Caral empezaron a comprender las maravillas de la cultura del imperio, decidieron someterse de modo voluntario, a cambio de ceder a los jóvenes de sus hogares para ser entrenados y luego repartidos por el mundo, cuyo centro, se explicó, era la capital no sólo de su imperio, sino además del mundo natural.

Hace frío y las voces se van silenciando, hasta quedar ciertos susurros indistinguibles y el cantar dulce de pájaros circundantes que anidan en los diversos árboles que se esparcen por el valle. El templo de Caral es un lugar maravilloso y Yawar sólo ha conocido algunas partes, pero nunca ha dejado de fascinarle cuando los brujos invocan esas luces y comparten cierto alimento que él nunca ha probado. Dicen que es un niño todavía, y razón no les falta. Pero hoy, inquieto, lleno de angustia y con mucho miedo, se abraza a sí mismo envuelto en una manta, sentado sobre el piso, que le enfría sin que pueda protegerse. ¿Siempre hace tanto frío, o es la falta de sueño? El frío que siente Yawar es distinto, es como estar cerca de la frialdad del ser y no hay manta que pueda calentar ese sentimiento.

Yawar no tiene fuego propio en su choza: no ha aprendido a hacerlo. Para él es como magia, ver que unas personas de abrigos que son de animales y no son tejidos, utilizan diversos métodos para invocar a ese gran Dios, al que llaman de muchas maneras y cuentan que Manco Cápac forjó una alianza con ese espíritu divino, bajo la noche de un eclipse. El Dios del fuego puede ser muy vengativo si no se le cuida el sacrificio, dicen los ciudadanos de la noche.

Pero el pequeño y huérfano Yawar no sabe de esto, ni entiende la mayoría de palabras que orbitan por la oscuridad en esa noche; él solo espera ansioso, sin poder dormir, envuelto en una manta gruesa, que es casi todo lo que tiene, mientras mira absorto el resplandor que viene por debajo de la puerta. La hoguera de afuera sigue prendida, pero ya no hay nadie que la alimente. Cada vez se percibe menos ruido y Yawar empieza a escuchar mejor sus pensamientos.

¿Qué sería de Yawar, sin aquellos que se preocupan en dejarle algo de comida, desde que habita solo en la choza sin fuego? Seguramente habría muerto, pero está protegido. ¿Quién lo trajo a esta chocita?, y aún más; ¿quiénes lo trajeron a este mundo? El campesino no puede ser de su familia, de otro modo, viviría Yawar con su ayllu, que es numeroso, y no desamparado en una choza sin fuego. ¿Acaso no haya espacio para Yawar? Pero su casa es grande y Yawar es muy pequeño, de modo que no ocupa tanto espacio: prueba de ello es que su diminuta choza la ha encontrado cómoda. ¿Es que no lo quieren? Pero la gente es amable con él, aun cuando Yawar no le hable a nadie. ¿Quizás Yawar es un monstruo? O quizás el ¿hijo de uno? Debe ser eso. Qué frío siente el solitario Yawar.

La vida en el valle de Caral es relativamente buena, hay lugares peores. Se siembran extensos campos, se pesca en lanchas diversas y se ofrendan sacrificios a la gran Diosa Mamacocha, protectora de los navegantes y pareja del gran Wiracocha, ambos padres del Dios Sol Inti y la Diosa Luna Quilla. A ellos se les ofrendan en templos piramidales y se les sacrifican devotamente en altares al centro de plazas circulares, en donde cada luna llena se realizan danzas y la música de tambores y flautas dura por días enteros.

Hay muchos dioses que Yawar no ha conocido todavía, y esto no es extraño, ya que él es muy joven y los dioses muchos. Los amautas (o maestros educadores) del pueblo le han instruido en cosas muy básicas, pero siempre se ha mostrado hosco a tener contacto con otros. Yawar no habla, o al menos, eso se cree, ya que muy pocas veces ha pronunciado palabra alguna, pero se sabe que entiende, porque es noble, obediente y agradecido. Yawar puede hablar, pero no tiene con quién, y como desconoce la naturaleza de la conversación, no suele saber qué responder cuando le hablan, de modo que se limita a guardar silencio.

A mitad de la noche, el hambre sofoca los nervios del huérfano, y la temperatura empieza a mostrar matices de crueldad natural. Pero aquella incomodidad que siente Yawar es otra, es una soledad seca que le advierte que mañana, probablemente su vida puede cambiar radicalmente. Tiene miedo, está confundido, ¿por qué tuvo que suceder? ¿Le van a quitar su chocita? Cerrando los ojos, revive el terrible episodio en su mente. Se le derrama sin que lo quiera.

Era de día, y un hombre le enseñaba a arar la tierra. Yawar le seguía, pero estaba concentrado en una niña que estaba alimentando a los animales. El agricultor le preguntó al niño si ya había escuchado sobre los mundos que Wiracocha creó, pero recordó en ese momento que él no hablaba, así que se interpuso en frente suyo, interrumpiendo su contemplación, para mirarle a los ojos y explicarle lentamente.

Con una paciente y calmada voz le dijo el agricultor: - “Wiracocha y otros dioses viven en el Hanan Pacha, con el Sol Inti y la Luna Quilla, además de otros dioses. Nosotros vivimos en el Kay Pacha, mundo de los mortales. Debajo, está el Uku Pacha, el mundo del subsuelo, el inframundo, donde gobierna el Dios de la muerte y una infinita horda de demonios.”

Yawar miraba con los ojos abiertos y asentía. Ya había escuchado esto y no lo entendía. ¿Tres mundos? Él conocía su choza, la terraza de cultivo y el resto era como una masa anómala que no había explorado todavía. El agricultor continuaba: - “Hay otras cosas que luego entenderás, pero hay algo más importante: ¿conoces ya nuestras leyes?, ¿cierto? No debes mentir, no debes robar y no debes ser un haragán. Debes comprender esto, Yawar, es muy importante, por eso te lo repito cada día.”

Entonces fue que sucedió lo inevitable. El agricultor le dijo a Yawar lo que él mismo había empezado a unir y relacionar en sus pensamientos. - “Pronto serás un hombre y ya no un niño, si comprendes lo que te digo, pequeño Yawar”. Esas palabras perturbaron mucho al huérfano y ahora se veía agazapado entre su manta, con la cabeza baja, pensando en estas cosas. Una nueva sensación se apodera del solitario abandonado, el frío ha cesado. Se siente un poco más caliente, el piso de tierra.

Entonces Yawar empezó a sudar frío, al sentir la calidez del ambiente. Levantó la vista lentamente y observó horrorizado que ya era de día. En un estupor de aletargadas ensoñaciones, el fatigado niño se quedó estático, angustiado, dispuesto a todo y nada. No tardaron unas pesadas botas en plantarse ante su puerta para abrirla con cortesía. Era un soldado del imperio que le saludaba. El censo había llegado al valle para llevarse futuros ciudadanos del Tawa Inti Suyo.

2. Una guerra que detuvo otra guerra.

El pueblo vive bien. No le falta nada y el abuso no se tolera. Pero si ellos viven bien, hay unos que viven mejor. Son los nobles, descendientes directos o indirectos del sagrado Sapa Inca. En sus palacios cercanos a los templos, disfrutan de lo mejor de la época. Fuego, pieles, guardias, comida variada de regiones lejanas y no es inusual que algunos puedan adornarse con collares o tocados, para distinguirse de los otros.

En las calles se les reconoce y se les trata con hospitalidad, como a cualquier otro, pero cuando uno no es bienvenido, como resultado de sus actos reprochables, luego, hasta el más humilde de los súbditos del imperio tiene derecho a rechazar a uno que haya perdido la honra, aunque este fuera de la nobleza. Esta es la orden del antiguo Sapa Inca, que hoy vive en Cuzco, y cuyos hijos gobiernan los cuatro Suyos, o regiones.

En un palacio del Suyo del norte, se han reunido dos generales del ejército imperial para discutir asuntos importantes de campaña. Para ellos, la conferencia es secreta, pero desconocen que una mujer les escucha. Ella es Doradita, la hija del responsable del tambo más cercano del camino imperial. En los tambos los mensajeros, guerreros o transeúntes se pueden dar un descanso, reponiendo energías y albergándose de las inclemencias de la madre naturaleza.

A Doradita le dijeron que coloque un techo de madera sobre ciertas estructuras de piedra que acababan de construir, y mientras ella planeaba sus diseños, le interrumpieron dos figuras que se escabulleron a la estructura, sin percatarse que la mujer se encontraba entre las sombras, pensativa.

El más joven le replicaba al otro: - “Tienes que verlo, hermano, te digo que es la acumulación más grande de pepitas de oro que jamás nadie haya visto. Es un monumento al Dios Sol. Es tan grande, que, a mediodía, es imposible estar cerca, ya que todo aquel que se asome, queda cegado por el resplandor del Dios Inti.”

Mientras no logra contener la emoción, el otro le interrumpe, y le cambia bruscamente de tema, como si hubiera asuntos más importantes que los secretos de la ciudad oculta más allá del templo de Macchu Picchu. Le responde seriamente: - “Hermano, no hay tiempo, debes saberlo. Mañana te mandarán a negociar con esos Mochica. Son salvajes, son fieros guerreros, creen que pueden combatirnos y no van a aceptar paz. Sé que tienen planeado matarte.”

Sin estremecerse, el joven de modo despreocupado replica: - “No les temo, ni a ellos, ni a su Dios Decapitador. Si me quieren matar, lucharé y si tengo que morir, lo haré cumpliendo mi labor. No puedo decirle al cacique que voy a desobedecer las órdenes del hijo del Inca.” Luego de decir esto, el joven voltea el cuerpo a su hermano mayor y le dice algo que tiene reservado, pero que, ahora comprende, no podrá expresar luego. – “Hermano, te voy a decir lo que he visto, y debes usar esto por el imperio. Nadie más debe saberlo. Tú sabes que hay tres oráculos en el imperio y que siempre he querido visitar uno. Ayer pasamos por el templo del Dios Catequil, que dicen, por acá, es hermano del Dios Illapa, ambos, divinidades del Trueno. Un brujo me ha dicho cosas que no me dejan dormir.”

Sin comprender la gravedad del asunto, el militar de mayor edad le sacude los brazos y le toma de las manos. – “Hermano, no pienses en tonterías, te están mandando a tu muerte, y no voy a permitir eso. Si tengo que encontrar una excusa para estar con mis hombres cerca de tu encuentro, lo haré y mi garrote caerá sobre ellos antes que puedan amenazarte.”

Como si no hubiera escuchado lo que le dicen, el otro prosigue: - “El oráculo dijo: Cuando hermano pelee con hermano, el imperio derrumbará su gloria, y largo tiempo pasará oprimido, con una ominosa esclavitud. Eso dijo, hermano, y no se detuvo luego de eso, me dijo que habría una guerra con los Mochica, que la ganaríamos y que nos costaría gran sacrificio, pero que obtendríamos un secreto muy poderoso, de esto tengo que hablarte: no debes matar a todos: hay artesanos que preservan conocimientos muy valiosos, los Mochica son un pueblo muy avanzado.”

Fastidiado con la necedad de un joven, el militar de mayores lunas puras levanta la voz y vocifera sin importarle atraer a otros: - “Son unos salvajes y te van a aniquilar, maldita sea. Basta de oráculos, basta de concesiones, si va a haber guerra, me voy a poner mis cueros protectores, y será mi garrote el que destruya sus largas lanzas. No me importa si de su lado tienen brujas y un Dios Decapitador. De mi lado están Wiracocha y su hijo Inti. Si te hacen algo mañana, juro que exterminaré uno a uno a todos esos condenados.”

Cuando ya es demasiado tarde y la voz ha atraído a otros soldados y generales, los hermanos son invitados a unirse al festín y se fusionan con la tropa. Doradita jamás ha visto tanta gente, pero deduce que una guerra se avecina, de uno, u otro modo. Ella ha oído cuentos de los Mochica, sobre sus ciudadelas amuralladas y, además, sobre un terrible secreto que los del imperio desconocen: El Dios decapitador de los Mochicas también es un Sol.

Por la noche, cuando la Luna brilla y las estrellas iluminan, la comitiva imperial parte para negociar con los líderes Mochica. Hay una impaciencia entre el resto del ejército que se queda esperando, mientras que los locales perciben incomodidad. Desde el tambo (o almacenes de distribución), que estaba al centro, se demoró en llegar la revuelta.

Una crecida de murmullos primero, gritos después, se arremolinaba desde las periferias del valle de Catequil. Parecía el trémulo ruido que antecede a los terremotos, pero sin que el piso se sacudiera. Como si una especie de magia magnética o atmosférica estuviera ocurriendo. La gente corría de un lado a otro y las sombras que no tenían forma definida iban arrastrando a unos y otros, hasta que la oscuridad o la tempestad les alcanzaba.

Catequil es el Dios del Rayo, pero se dice que se empodera cuando le acompaña su hermano, un reptil volador que proviene del sur. Los Paracas le llamaron Kon, y se representaba como un dragón ictiomorfo con dentadura especializada en la trituración inmediata de sólidos. Cuando el dragón Kon, dios de la lluvia, volaba por un sitio, el agua caía, y esto podía ser algo bueno, pero al estar acompañado de su hermano, que los del imperio conocen como Illapa, luego, se anticipaban caóticos designios y maléficos augurios.

Doradita se escondió con su familia, es decir, con su padre, encargado del tambo, pero los soldados presentes no dudaron en tomar armas y formarse para defender la ciudadela de ventanas que lloran. Los destellos del cielo empezaron a dispararse, y podía verse mejor lo que sucedía.

Era un ataque de salvajes. Eran bestias, pero tenían forma parecida a la humana. Eran demonios hechos de sombra. No podrían provenir de otro lado que del Uku Pacha, o el lugar de la muerte, es decir, el inframundo o el ámbito abyecto del subsuelo. Sus ojos rojos envueltos en una luz brillante blanca les delataban: no pertenecían a este mundo.

De algún modo, habían invadido no sólo el plano de los mortales, sino que, además, los Supay, o demonios invasores, habían tenido la astucia de emboscar a la avanzada de las fuerzas del hijo del Inca. El Sapa Inca habría de sentir compasión por las muertes que esa noche habrían de suceder.

Los guerreros locales y del imperio lucharon con valentía, y esto sólo fue posible a que tuvieron miedo. Jamás habían visto a las manifestaciones del mundo subterráneo. Las diversas formas, colores, características que tenía cada Supay les llamaban la atención y no podían reponerse, antes de ser aplastadas y sus carnes laceradas.

Fueron pocos los que huyeron, que se pudieron esconder protegidos entre lo oscuro de ciertos Apus, o dioses protectores de las montañas. Por el río, entre los árboles o incluso gracias a alguna cueva, se pusieron a buen resguardo un puñado de sobrevivientes del ataque, pero la gran mayoría, especialmente la de las fuerzas imperiales, sufrieron una irreparable pérdida. El oráculo de Catequil estaba en peligro, de modo que, si no hubiera sido por los rayos defensores de Illapa desde el cielo, la ciudadela misma hubiera sido completamente destruida.

3. Caminos, tambos y más caminos.

Yawar tiene una mezcla amarga de sentimientos. Empieza a considerar, respecto de la vida, que a medida que pasa el tiempo, aparecen con mayor frecuencia mejores o peores sentimientos o experiencias. Por el día, camina, por la tarde camina, y por la noche descansa o hace guardia. A eso se limitan sus semanas. Mientras camina, ha conocido a algunos soldados o jóvenes.

Ahora ha encontrado un espacio para hablar, que antes no había sentido, pues sus compañeros de viaje se han vuelto su familia. De todos, con el que prefiere hablar es con el amauta Vichama. Un amauta es bastantes cosas, y con él ha descubierto los muchos sentidos que tiene la palabra. En principio, se le dice así a los profesores o maestros en educación, pero también a los hombres de ciencia, a los pensadores, matemáticos, observadores de estrellas, planeadores del cultivo, constructores, y así, por el estilo, existen amautas especializados de todos los tipos, o de varios a la vez.

El amauta Vichama es uno muy extraño. Parece estar de mal humor todo el tiempo y denota cierto fastidio en responder tantas preguntas que le tiene preparadas Yawar. Vichama responde asertivo y de modo parco, sin excederse, pero sabiendo que otros les escuchan mientras caminan, y que no todos tienen el valor de hablar, ni se atreven a preguntarse sobre las cosas.

Entre diversas enseñanzas, datos y planificaciones, Yawar se olvida por un rato de aquellos pensamientos que le visitan de noche y se le quedan pegados hasta en los sueños. Piensa de modo casi impersonal en su recuerdo de aquella chocita, cuando vivía en el valle de Caral. Se pregunta qué será de la vida de ese agricultor, que le enseñó casi todo lo que sabe, y de cómo estará esa niña de piel canela cuyo nombre también ignoraba.

Pero esto, a medida que va conociendo nuevas cosas, va cambiando y nuevos asuntos empiezan a significar una presente importancia, y su construcción personal del deber, va amoldándose lentamente hacia la consideración de su papel en ese mundo. Con los pies adoloridos, luego de caminar por horas y sólo habiendo comido unas habas, parece como un paraíso, aquel puesto de descanso cercano, del que tanto hablan, en donde se sabe que se come muy bien y nunca falta la bebida.

El joven Yawar, que ha aprendido más palabras que nunca, se maravilla ante el escenario. Esto no es extraño; ha conocido muy poco del mundo y del imperio. Luego de bordear las montañas que albergan a los Apus, (o esos espíritus que cuidan cada zona), la comitiva ha cruzado de un valle a otro, y alejándose del océano que protege Mamacocha, han elevado imperceptiblemente el paso, habiéndose adentrado en apenas el comienzo de la enorme cordillera.

La altura todavía no es un problema, pero caminar por tantos días puede fatigar. A veces, algunas personas cansadas, suelen demostrar su malestar de un humor bastante pesado, y esto no es extraño en esta misma situación. Uno de los jóvenes que han sido reclutados protesta, y el curaca Vichama lo reta a caminar fuera del camino imperial.

Yawar no lo había notado, pero siempre han estado pisando lozas grandes de piedra, pulida y suavizada, quien sabe por qué fuerza misteriosa y acumulada a través de tantos años. Es cómodo poner las sandalias en ese terreno. El recluta rebelde ha sido castigado en salirse fuera de la calzada y no demora en manifestar muestras de fatiga y desbalance.

Ahora para todos es muy claro que mantener el paso sobre un camino bien planeado parece ser más importante en estos lugares extensos y montañosos, en donde fatigarse se hace tan sencillo. Saltando entre piedras, esquivando animales y vegetación silvestre, así, como un conejo, va brincando el recluta rebelde, agitándose intensamente.

El resto, con Yawar sorprendido, camina a paso ligero, y muy consciente de su privilegio. El amauta Vichama se dirige con solemnidad al cansado recluta rebelde, de modo que todos le escuchan decirle: - “Es bueno, mi estimado Quispe, que seamos agradecidos, aún con las cosas más simples de la vida que damos por sentadas. Tú te has quejado que caminamos mucho. Es cierto, tienes razón; y todos nos fatigamos; pero debes aguantar con paciencia las órdenes que dan los más viejos. Pero poner en duda las cosas, es algo que te puede ser beneficioso, del mismo modo. ¿Ves aquellos árboles allá arriba? Esos que están marcados por un obelisco de piedra. Te ordeno que trepes allá y nos esperes. No te desabrigues; Si te da frío, camina en círculos.”

Cansado, pero dispuesto a obedecer, Quispe, el rebelde arrepentido, se pierde entre el monte, ensombrecido por la floresta abundante que sólo árboles muy viejos pueden producir. Al cabo de unos minutos se escucha una exclamación de sorpresa a lo lejos y el resto siente curiosidad, mientras marcha a paso lento.

Llega la tarde, y se descansa por un rato. Luego se sigue caminando. Ya que alguien lo ha preguntado, el amauta Vichama explica que la gente vive en lo alto, normalmente, porque es más seguro, más práctico y es lo que su inteligencia les dice. Al mismo tiempo, trabajan la tierra baja del valle, usando la mayor parte para el cultivo y una zona distinta reservada para el pueblo, en las alturas protegidas.

Mientras va cayendo la noche, el camino ha serpenteado, subiendo lentamente por el borde de un monte. Ahora que le ha rodeado ascendentemente, el grupo entero ha llegado a los más alto, en donde Quispe espera sentado, maravillado ante la vista del panorama. Yawar no entiende cómo ha llegado tan rápido al punto de observación, pero cuando se le ordena descansar por última vez ahí, se da un valioso tiempo para percibir aquello que se presenta ante su ávida mirada golpeada por un suave viento.

Sintiendo que ha trepado desde un valle hasta lo alto, viendo todo ahora de bajada, Yawar se percibe omnipotente. Es claro que no lo es, y su cansancio le delata, pero su espíritu ha sido elevado más alto que su cuerpo en este viaje. Ante él se planta un valle amplio, cultivado de modo variado y con un orden que demuestra una maravillosa variedad. Nunca había visto nada parecido, no al menos desde esta perspectiva. Las montañas que anteceden al pueblo en el otro extremo han sido terraformadas, de modo que diversos escalones enormes si figuran de abajo a arriba, convirtiendo así, una zona distinta a la del valle, en una cultivable.

Yawar reconoce estas figuras; él mismo ha trabajado en un andén muy pequeño. Luego se siente confundido al reconocer un lugar parecido, y tiene la idea de que ya ha estado acá, y un poco ansioso, de un salto, da la vuelta y voltea la mirada a uno y otro lado; Andenes por todos lados, peldaños gigantes con terrazas de cultivo, en todas las direcciones. Los había dado por naturales, y recién desde lo alto, comprende que es la obra del trabajo, y no una forma original del mundo.

Bajando la mirada, se arraiga en el camino, pero el soldado que toca los tambores empieza a dar el paso de marcha, y con ritmos muy interesantes que se quedan guardados en la memoria, incluso cuando ya no suenan, todos retoman el recorrido del camino. Repuestos, emprenden la bajada al valle.

Un recluta muy joven expresa con asombro: - “Que bonitas casas las de arriba, acá debe ser donde vive el Gran Inga”. Pero un soldado le corrige con dulzura: - “Pajarito, este de acá un tambo nada más es. La casa del Sapa Inca no tiene comparación. Más allá, cuando avancemos, vas a ver otras fortalezas, si te ha gustado este tambito, ese castillo que hay más arriba te va a gustar más, Pajarito.”

Luego de un esfuerzo final, alcanzan los andenes y al subir por la escalera que conecta el camino con el tambo habitado, la comitiva imperial se complace en reposar en ese gran almacén, en donde nada nunca falta. Toman una sopa mágica que repone sus fuerzas y los prepara para el mundo de los sueños.

Yawar está sorprendido con cada detalle que va apareciendo y ha dejado de pensar en el valle de Caral. Que distinto es para él todo. Una sorpresa más le espera esa noche. Un chasqui (o mensajero) ha llegado de noche y tienen que despertar al amauta Vichama, ya que es un asunto importante: Un cacique ha enviado un quipu al encargado del tambo, y el amauta es de los pocos que saben interpretarlo.

De su recámara, sale, ajustándose el poncho y con el collar de spondylus todavía sacudiéndose. Mira severo al chasqui y recibe de sus manos aquel quipu que viene a interpretar. Un quipu es como una especie de cuerda que tiene muchas otras cuerdas atadas, con nudos de distinto tipo, con hilos de diverso color y representa el modo en que los del imperio del Sol administran sus cuentas, relatan sus historias y expresan sus mensajes.

El amauta Vichama parece sorprendido; no son buenas noticias. En voz alta ordena que le traigan nudos, para armar otro quipu y enviarlo a la capital de Cuzco. En voz baja, para no llamar la atención señala lo que ha decodificado, la expansión por el Suyo del norte se ha detenido, debido a un evento muy inusual. Con voz ronca y casi susurrándose a modo de lamento, el amauta les dice: - “El Uku Pacha nos ha declarado la guerra. Que los dioses nos protejan”.

4. Los escombros arruinados por una tempestad.

Ya la tormenta ha pasado, y el tambo del valle de Catequil, por el norte, se encuentra más tranquilo, aunque todavía conmocionado por el asalto. Doradita se encuentra muy asustada y por muy poco un Supay casi se lleva a su padre. Los soldados del imperio se han replegado y juntan la fuerza de distintos valles para dar encuentro a las hordas del subsuelo.

No hay mucho tiempo que perder, ya que se sabe que los demonios del inframundo se dirigen al oráculo de Catequil y los soldados les pisan los talones, reagrupándose constantemente y articulando las fuerzas que se les van uniendo. De la noche a la mañana, lo que era un ejército de cientos, se ha congregado hasta ser casi un millar de soldados de las cercanías, que prestos a defender el imperio, han acudido al llamado del cacique.

Los Mochica, al parecer, son un problema que podrá esperar, pero nada se ha sabido de aquella comitiva que fue a negociar, debido a que jamás regresó. La amenaza de esos espíritus de sombras se ha vuelto un evento importante y desde la capital, los curacas (o descendientes del cóndor) ya están preparando la arremetida para contrarrestar la inusual amenaza.

Sólo con la ayuda del Hanan Pacha, es decir, del mundo de los dioses, es que se podría hacer frente a las mágicas y poderosas huestes del subsuelo. No es fácil invocar a los dioses, pero con el sacrificio adecuado, es posible tenerlos de aliados o protectores. Sabiendo esto, se ha ordenado que cada curaca le ofrezca tabaco del Abnir a sus Apus más cercanos, y esta orden se ha repartido a lo largo del imperio y sus cuatro regiones o suyos.

La vida, en el tambo del valle de Catequil, parece haber vuelto a la normalidad, ahora que los imperiales no congregan a sus soldados en el descanso. Por estas épocas casi nadie viaja, aunque todos fueran bien recibidos. Un visitante muy inesperado alcanza el sitio, apenas hablando el quechua, de modo muy ineficiente, como si lo hubiera aprendido tarde o mal.

Es extraño, el sujeto, que atiende el padre de Doradita, y ella lo contempla desde una esquina, mientras ordena las papas en unos sacos. El hombre tiene tez de cobre y se ha pintado un diseño con cuadrados blancos y negros en los cachetes. Así cuentan, que usan los más expertos guerreros de los valles del norte.

El hombre pide agua y comida, sin pronunciar bien las palabras. Es atendido y con mucha curiosidad, recibe preguntas por el encargado del tambo. No es característico ver a un guerrero Mochica por estos lados, antes bien, cuando se les ve, se teme mucho, ya que vienen para saquear o conquistar, pero nunca para reponerse del viaje a ningún tambo.

El hombre inesperado da muestras de inquietud y se muestra amable, pero perturbado, como si hubiera visto de cerca a algún demonio. Balbucea palabras que parecen incoherentes, pero poco a poco el administrador del tambo empieza a comprenderle, y del mismo modo Doradita se pone al tanto. Ellos también han sido atacados por las sombras del Uku Pacha, pero les llama de modo distinto.

Explica que ha huido luego de matar imperiales y ser emboscado por una tormenta de figuras negras que degollaban todo a su paso. Con voz temblorosa repite mirando al vacío: - “Ai Apaec… tambo-cacique, Ai Apaec”. Luego de eso calla, y descansa en estado atónito, como si durmiera, pero sin cerrar los ojos, lo que nos demuestra que no ha podido descansar en bastante tiempo. El hombre repite el mismo nombre, hasta quedarse realmente dormido.

No pasa mucho hasta que un soldado imperial regresa y se asusta al ver al enemigo siendo atendido en el tambo. Toma su cachiporra y la levanta, parándose con los brazos arriba, y muy alterado empieza a gritar. El Mochica se pone de pie y se arrodilla, explicando con su mal quechua, que ellos también han recibido el castigo de los dioses, y que, si perdona su vida, él puede compartir su arte para el beneficio de su pueblo.

El soldado imperial lo mira con compasión; él mismo ha visto demonios tomar la forma de un guerrero de la noche y aplastar a cuanto se le interpusiera en el camino. Acepta su trato y le perdona la vida, pero le ordena que le enseñe al padre de Doradita, todo lo que sabe. Dicho esto, el soldado le otorga un cuerno al posadero, indicándole que sólo si se repite el evento debe tocarlo, pero no para otra cosa.

El Mochica llora, viéndose derrotado, pero especialmente, aterrado por todo lo que ha visto, y se sabe que no es una persona frágil o de sentimientos delicados. Los Mochica son fieros y muy brutales. Su violencia para combatir queda manifestada en el campo de batalla, en donde las matanzas adquieren unas características muy violentas. En algunos casos, se cuenta, decapitan a todos los enemigos y sacrifican las cabezas a su Dios Decapitador. En otras circunstancias, si el guerrero ha sido muy noble en batalla, todos comparten un poco de su carne, y le dejan a su líder el corazón, para que absorba sus poderes.

Para los imperiales del Cuzco, esta práctica es abominable, y no tienen mucho interés en respetarla, y mucho menos en sufrir tal distinción. Pero este hombre de cara pintada parece distinto. No parece un salvaje, no parece una bestia de la destrucción, antes bien, parece asustado, y agradecido de que no lo hayan aniquilado. Cuando el soldado deja el tambo, empieza a dar indicaciones de su arte al posadero.

Le pide fuego, un tubo y arcilla. Luego empieza a acomodar las cosas y pide polvo, sea de huesos o lo que fuera, y con todo esto a la mano, pregunta si tienen metal cerca. El metal, de por sí, es algo bastante escaso, salvo para los sacerdotes, pero esto se debe a que se usa principalmente para hacer adornos, pero el Mochica tiene un secreto que va a compartir.

Explica con palabras confusas lo que va a hacer, y luego empieza a hacerlo. El posadero y Doradita, su hija, miran asombrados; ellos jamás han visto de cerca ese oficio, que es el de los orfebres metalúrgicos. En una esquina, prepara un fuego y luego lo cubre con un domo de arcilla que pacientemente va construyendo tirándole polvo a la mezcla de arcilla fresca. A medida que se cocina, la estructura ofrece mejor resistencia, de modo que le arma una chimenea y eso que era una hoguera simple, ahora, gracias al tubo por el que sopla aire a presión con mucha fuerza, se ha convertido en una especie de forja, en donde altas temperaturas alteran el metal. Soplando por el tubo, aumenta la intensidad. Sus cachetes se hinchan de modo extraordinario.

En una especie de bandeja de piedra delgada, coloca un anillo que traía consigo. Con el intenso calor que ha desarrollado, el metal, ante el asombro de los presentes, se derrite y regresa a una forma líquida. Luego, con un molde que ha preparado en la tierra fría, vierte el líquido del metal fundido, con mucho cuidado de no tocarlo. Al cabo de un rato, ya se puede ver la forma de brazalete delgado, que ha podido reformar de un anillo grueso.

Los incas conocen este oficio, pero nunca lo han llevado al extremo que está desarrollando el pueblo Mochica. Sus orfebres son conocidos por esta técnica de alta fundición, así como por sus notables diseños y elaborados modelos. Este conocimiento será uno revolucionario, en manos del imperio, ya que querrán implementar toda su laboriosidad a la técnica, de suerte que produzcan cosas maravillosas a un nivel nunca antes visto.

Para los artesanos del imperio, ser orfebre no es sino una rareza muy atípica. A los jóvenes se les educa para proteger a la familia, producir con ella y servir a la sociedad. El imperio reúne toda la labor producida en los tambos, y los reparte bajo la administración del justo y sabio cacique. En este sentido, Mochicas, Incas y muchos otros pueblos han generado ciudadanos que trabajan la tierra, sea bien, labrando y cultivando, o rescatando de las minas, piedras y a veces piedras extrañas que acumulan como tesoros. Otros se ocupan de los animales. Los Mochicas no conocen la mita, pero no han dejado de volverse expertos en otras áreas.

Doradita ha aprendido el oficio sin quererlo. Al cabo de unas semanas, entiende el proceso y sabe lo peligroso que puede ser equivocarse. El Mochica le ha explicado que un taller apropiado es óptimo, pero que la esencia del proceso ha sido demostrada. Ella ignora de dónde salen esas piedras raras, pero adivina que muchas cosas maravillosas pueden ser posibles con esa magia de la orfebrería.

El Mochica no ha dejado de maravillarse con lo que ha ido viendo a lo largo de los días en el tambo del Suyo del norte, en el valle de Catequil. Ha visto cosas nuevas para él, y no ha dejado de preguntar cosas sobre ese sistema tan curioso. Hay ciertamente, cosas que comparte de modo casi natural, pero diversos detalles se le escapan, de modo que el posadero y su hija le explican la vida del imperio con paciencia al Mochica herrero.

5. Vichama apresura la marcha

El quipu era claro: había que tomar decisiones. El sabio amauta congregó a todos los jóvenes y les dijo que les explicaría una serie de cosas, para que ellos puedan decidir mejor. Les hablaría de su responsabilidad en la mita, y si alguno tenía una preferencia, debía ir considerándola en sus pensamientos.

Mientras los jóvenes se acumulaban en uno de los andenes que no estaba cultivado, el amauta Vichama terminaba de anudar cuerdas, para diseñar un quipu que advierta al Sapa Inca y su corte. Tardó bastante en hacerlo, y se podía apreciar que no era una labor fácil. De derecha a izquierda, iba eligiendo cierto hilo y lo anudaba con intervalos secretos y misteriosos. Luego de unos minutos, despachó a un chasqui para el Cuzco, y jamás, en toda su vida, Yawar había visto alguien recorrer tan velozmente el camino del Inca. En sólo unos minutos, se perdió de vista. Luego, improvisando un discurso final, Vichama, el amauta, empezó a quitarse sus vestidos distintivos. Se deshizo del collar de spondylus y de sus múltiples adornos en los brazos, cuello y cabeza.

Mientras explicaba unos últimos conceptos a sus compañeros de viaje, iba ajustándose una ropa de cuero, que sonaba bastante al amoldarse a su cuerpo, mientras se la ceñía con nudos estratégicamente colocados. Al mismo tiempo que se preparaba para la guerra, Vichama ofreció un panorama general del imperio a los jóvenes presentes.

En las usanzas sociales del imperio incaico no existe el comercio en el sentido de intercambiar bienes por dinero. No existe la moneda. Los del imperio practican el intercambio, pero más específicamente, la reciprocidad o el ayni, también llamado mutualismo. Yo te doy. Tú me das. Una interacción simple y justa, que a veces tarda en ser negociada, pero que siempre mantiene algún balance en la estructura natural de la sociedad y su mundo.

Ser recíproco con otros, equivale a esperar que otros serán recíprocos con nosotros, de modo que la justicia adquiere un papel esencial, en este modelo. No una justicia burocrática, ni de tribunales: no los hay, salvo en casos espectaculares, liderados por el hijo del Sapa Inca, los curacas y amautas. Pero esto, de nuevo, en casos contados, ya que la justicia que se practica en el imperio, es otra. Es la de uno mismo que se autogobierna. Es un proceso crítico de la personalidad que le compele a actuar de modo noble.

Esta reciprocidad se refleja en diversos ámbitos de las relaciones. Entre imperio y pueblo, es decir, entre soberano y gobernados, existe reciprocidad. El trabajo de todos es respetado y valorado, y desde que la supervivencia es una empresa muy difícil, luego el no trabajar, o ser haragán, es visto como un gran error del comportamiento.

La reciprocidad va de individuo a individuo. Entre ciudadano del imperio y ciudadano del imperio. Va también de lo humano a la naturaleza, y, además, de lo humano con los dioses. Todas estas, y otras relaciones, se encuentran equilibradas por la reciprocidad. El “algo por algo” rige toda dinámica social. Lo más fácil es intercambiar sacos de granos cosechados, pero no todo se puede medir en costales.

Por todo esto, la idea de lucro no existe, pues nadie busca explotar las riquezas y la producción con el fin último enfocado en producir riqueza no existe, (esto sería absurdo y contraproducente para la salud natural de la Pachamama). No hay compra/venta de ningún tipo. En el imperio de la reciprocidad, todo es intercambio justo, y así, a nadie le falta nada, considerando que todos trabajen en el sistema de la mita.

El estado incaico se encarga de recopilar el trabajo y su fruto. Lo administra todo. Cada familia es un grupo nuclear que se articula con otras familias locales. El grupo de familias es llamado ayllu y con ella se suele mezclar la nobleza del Inca. De esta forma, toda región está poblada por ciudadanos de un imperio que, en suma, es familia, y aunque exactamente no lo sea siempre, se les adopta como tal, siempre y cuando mantengan observancia a las tres grandes reglas. El ayllu tiene su parcela propia, y cultiva lo que quiere, de acuerdo a los designios del cóndor, que es el modo en que se le llama a su líder; Usan su tierra para lo que el ayllu quiera, necesite y juzgue adecuado. En determinados cultivos de cada rincón, a veces se especializa el grupo, dependiendo de la zona climática y altura variante en que tenga terreno. El dominio ideal, para sus tierras, es el de muchos pisos ecológicos, ya que esto representa mayor variedad.

A veces hace frío, a veces hace calor, y es ampliamente variado el tipo de paisajes que existen a lo largo del extenso imperio. La parcela, normalmente, se encuentra en los valles, o bien, en la compleja red de andenes que se expanden por cada montaña que está cerca del gran camino imperial. Desde los núcleos habitacionales, hasta los lugares de trabajo, a veces, por ser una geografía tan compleja, y por ser sus dominios amplios, puede tomar de uno a tres días en llegar caminando hasta el lugar de labores, en donde se cumple con la mita, o el sistema de trabajo.

Recordemos que todo lo producido, no es para vender. Todo se entrega a los tambos, y de los tambos uno puede obtener lo que quiera, ya que se conecta con otros tambos que incesantemente mueven los bienes de un lado a otro. El trabajo de todo el imperio abastece una vasta extensión y supone una variedad conjunta inmensa. Los dos pilares de que esto sea posible son la reciprocidad y la redistribución.

Desde todos lados, la gente trabaja, y asegura su supervivencia. Entrega todo al Sapa Inca, quien lo reparte con la ayuda descentralizada de caciques. Para dicha labor de redistribución, hace falta que los caminos estén bien atendidos en todo momento. A veces caravanas de llamas y otros auquénidos recorren los caminos, llevando bienes de un Suyo, al otro.

Esta labor en el campo, es sólo un ejemplo del sistema de la mita. Un ayllu se compone de más de un individuo y la fuerza de trabajo nunca falta. Desde que no se puede ser flojo, la fuerza libre y adulta del ayllu debe cumplir otros aspectos de la mita, o a veces de la minka. La mita es obligatoria de los ciudadanos para con el estado y los templos y toma una parte de su día, teniendo sistemas de equivalencias en casos especiales como los de las minas y los soldados. Pero también hay festividades en donde se descansa y nunca hay agobio de ningún sistema orientado a producir para el consumo como fin en sí mismo.

Además de representar el trabajo agrícola, la mita puede cumplirse produciendo bienes manufacturados de todo tipo, o bien, obrando en las minas. Es muy común, asimismo, que la mita se manifieste en la conservación y extensión del maravilloso camino imperial, lo cual resulta bastante común en las regiones más periféricas del gran imperio, o las más recorridas.

A veces, hace falta construir edificios. Esto se hace de modo organizado, realizando la minka, en donde comunitariamente se construye con fines determinados y específicos, tales como un nuevo templo, o una nueva zona de residencias, o una fortificación, todo ello, puede lograrse al cabo de faenas, en donde los maestros constructores dirigen la mano de obra y el trabajo de todos beneficia indistintamente al imperio entero. En la minka se pide ayuda a los demás, prometiendo que luego uno va a ayudarle cuando le necesite, y así se cumple el ayni, o el acto mutuo o recíproco. De este modo, la minka es un trabajo comunitario por el bien social del ayllu y representa otro aspecto de la mita, o el sistema de trabajo del imperio.

Los jóvenes viajeros escuchan atentos. No entienden a dónde quiere ir con esto el amauta Vichama, quien ya ha terminado de ajustarse toda la armadura de cuero. Les dice entonces: - “Descansen ahora, pequeños, y mañana podrán elegir cómo quieren cumplir su mita. Ahora el soldado Huántar va a tomar el mando y yo iré a preparar la guerra. Hemos sido atacados por fuerzas divinas y misteriosas, y sólo con la ayuda de nuestros hermanos dioses, podremos dar lucha. Ahora a dormir y espero verlos pronto; nunca olviden los valores universales de los hijos del Sol: deben amar y ser compasivos, deben vivir una vida buena, debe ser veraces y trabajadores. Deben ser recíprocos y justos. Finalmente, espero que puedan aprender a respetar a los ancianos y a los dioses”.

Dicho esto, el amauta Vichama se trepó en una especie de alpaca grande, pero más corpulenta y el animal empezó a recorrer con rapidez el camino imperial. Ajustado a la bestia noble, el amauta se despedía de los reclutas y los dejaba como suspendidos en un pueblo cuyo nombre desconocían. Quién sabe qué caminos le esperan a cada uno de los nuevos ciudadanos del imperio.

6. Coleccionistas de piedras

Rosadita está cansada, pero satisfecha por haber cumplido con su cuota de trabajo. Es inusual la dedicación que ella tiene y son pocos los que le ofrecen oportunidad a aquel oficio tan extraño. No a todos les gusta adentrarse en lugares oscuros y desconocidos, sin saber si podrán regresar. Rosadita viene del Suyo del interior, de un pueblo antiguo llamado Chanka.

Su pueblo, es uno guerrero por naturaleza, y a sus compañeros de trabajo les gusta oír sus historias. Juntos se meten en cuevas y se cuidan unos a otros. Cuando alguno encuentra un brillo misterioso, pronto vienen con una piedra afilada y golpean los alrededores, hasta desprender un bloque que contiene un mineral extraño. Ha pasado, sin embargo, que la piedra no puede romper ciertos minerales misteriosos.

Luego de tener muchos bloques brutos de estos, regresan al mundo y se encargan de limpiar la tierra del mineral propiamente. Así, acumulan piedras raras, que algunos usan como adorno, o bien, como ofrenda, pero no mucho más, ya que la orfebrería es vista como una profesión sumamente excéntrica. Los que producen objetos materiales, suelen hacerlos de barro, o bien, de cerámica, con maravillosos diseños de arte que varían de Suyo a Suyo. Pero el metal no es trabajado con extendida dedicación, salvo en regiones alejadas y conocedoras de secretos de importancia superlativa.

Rosadita les cuenta una vez más a los amigos, cómo su abuelo le refiere que los Incas les conquistaron. El Sapa Inca era muy astuto y había preparado una argucia para los guerreros chankas, a quienes no podía confrontar en lucha directa, ya que su ferocidad era conocida y sumamente temida. Los guerreros más violentos y experimentados en el arte de combatir, no venían de otra zona, sino de los valles chankas, pero nunca, por entonces, se sometían al imperio.

Ya antes los Chanka habían atacado la fortificación misma de Cuzco, antes de ser proclamado el Tawa Inti Suyo, cuando eran un reino regional apenas. En aquella ocasión, se cuenta que el Inca había hecho una magia para que las piedras del valle tomen forma de soldados y les ayude a repeler los feroces embates, que a duras penas lograron detener al cabo de una sangrienta jornada.

Pero luego, cuando el imperio creció y se hizo más fuerte, sus capacidades de conquista se multiplicaron y no demoraron en presentar un gran ejército en frente del poblado Chanka. A lo lejos, se veía formado el ejército del Sapa Inca, con sus duros cuerpos y las armaduras de cuero que utilizaban. Los Chanka sabía que no arremeterían sus fortificaciones, ya que éstas estaban acorazadas en lo alto de un poderoso Apu, de modo que se resolvieron a atacarles.

Cuando los guerreros Chanka fueron al encuentro del ejército enemigo, se dieron con la sorpresa que nadie había allí, salvo piedras apiladas disfrazadas de soldados, y cuando se dieron cuenta del engaño, voltearon la vista para ver su fortaleza tomada por los del imperio, sin derramar una gota de sangre. Luego de eso hubo rebeldes y desórdenes aislados, pero a partir de esa victoria, el pueblo Chanka terminó por asimilarse al entramado del imperio, y con el tiempo, se reconocieron como tanto Chankas, como hijos del Sol, al mismo tiempo.

Un compañero de Rosadita interrumpe el relato: - “Miren esta piedra enorme, ¡Nunca había visto nada igual!”, a lo que otro le replica: - “No conozco esta piedra, pero seguro que para algo va a servir, saquémosla y vamos al tambo de una vez, que se hace tarde”.

Con un costal lleno de piedras distintas, los mineros salen del lugar donde cumplen la mita y se dirigen al valle de Catequil, por el norte del imperio, en donde está la avanzada en contra de los Mochica. Al menos, eso es lo que ellos creen, ya que no han sabido de las noticias del asalto a traición que han sufrido en la emboscada nocturna.

Al llegar al tambo, notan sorprendidos que está casi vacío, salvo por el administrador del almacén, su hija, y un hombre misterioso con la cara pintada y los cachetes bastante sobresalidos. Ahí se enteran que el ejército se ha replegado y ha marchado al oráculo de Catequil, para notar con horror que del templo ya no queda nada, salvo piedras fragmentadas que se han esmerado en preservar, para repararlas o rehacerlas.

Del ejército invasor del Uku Pacha, no se sabe nada, y entre los Mochica y los imperiales, hay una especie de tregua implícita; o al menos, esto es lo que se cree, pero lo cierto es que ya las fuerzas del Sapa Inca retornan al tambo, para continuar con su campaña de conquista, aun cuando otro enemigo ha aparecido en su interminable guerra.

Con un intercambio de palabras, los que se guarecen en el tambo conocen unos las historias de los otros, y no demoran en conectar ciertos hilos. El herrero Mochica se admira de todos esos metales traídos por los aventureros y los solicita para hacer un ejemplo de su arte, pero los mineros sienten que estarían desperdiciando el fruto de su trabajo. Con mucho pesar, frente a la insistencia, le dan una pequeña parte del mineral cobrizo al hombre de rostro pintado con cuadrados negros y blancos.

Mientras beben chicha y comen carnes distintas, tanto de pescado, como de venado, los mineros empiezan a admirar la labor del orfebre, quien sopla mediante un tubo a esa hornacina que junto a Doradita y su padre, han reforzado para conservar el calor. La temperatura que adquiere la forja es inmanejable, y en unos moldes, se vierte el mineral derretido, luego de lo cual, se deja secar, generando así una pequeña placa de metal con agujeros.

Al principio no entienden cómo podría servir algo así, hasta que, con un quechua muy maltratado, el Mochica explica que uniendo varios de estos, se puede hacer una especie de vestido de metal, y que los guerreros nobles de su pueblo los usan, para demorar las heridas en sus cuerpos. Los presentes no lo creen, ya que es un tipo de brujería que desconocen, y advierten que, sin dudas, es un asunto que el Sapa Inca se regocijaría en conocer.

Pero no hay tiempo para alabanzas o exclamaciones de sorpresa. Los presentes en el tambo son interrumpidos por un cuerno muy sonoro. Es un resoplido conocido, que anuncia la avanzada del ejército imperial. El cuerno, caracola, o pututu, es un instrumento muy antiguo y que puede escucharse casi de un valle a otro.

Inmediatamente luego del sonido que anuncia el músculo conquistador del Sapa Inca, se ve una procesión pasar ante la ventana trapezoidal del tambo. Doradita se asoma y encuentra a su padre abriendo las cortinas de madera para asombrarse ante tan majestuosa procesión. Los mineros se unen, y, por último, el asustado Mochica de cachetes pintados con cuadrados bicolores se para en la puerta y casi es atropellado por la vanguardia de los hijos del Sol.

A tiempo se hace a un lado, en el umbral del tambo, para observar galopar a toda velocidad una centena de auquénidos de guerra, forrados en telas y cueros para proteger sus pieles, y de tamaño muy generoso. Hasta dos soldados ocupan la montura, uno con lanzas, el otro con las riendas. Otros van solos, con un escudo en la mano con que sujetan a la noble bestia, mientras que con la otra portan cachiporras largas o lanzas con puntas de piedra.

Estas criaturas se suelen usar para la carga y transporte de bienes, por lo que se fortalecen mucho, pero su uso en batalla sólo se usa en raras ocasiones, como cuando están valle abajo, y tienen la certeza de que el camino está despejado. Siendo así, en esta ocasión y teniendo una pirámide en la parte baja del valle que no venera a Wiracocha, luego su estancia es la de combate y van prestos a la conquista por la fuerza.

A continuación del desfile de las alpacas de combate que levantan una humareda alrededor del camino imperial, le siguen un centenar de hombres con túnicas ligeras y lanzas largas corriendo a una velocidad tan inhumana, que casi van al paso de los cuadrúpedos de amplios trancos. Los chasquis están curtidos en el oficio de andar, y hoy les sobra energías. Masticando hojas de coca, van los mensajeros, mentalizados para el combate y la muerte en deber, uno de los honores más grandes que se pueda estimar, entre los de sangre real.

A paso menos ligero, pero incesante, absurdamente largo y de casi media hora de tránsito le corresponde el turno al grueso del ejército, compuesto de dos líneas de honderos al centro, dos líneas de soldados de mazo y escudo protegiéndoles y un par de espacios para tamborileros y flautistas que marcan tanto el ritmo del paso como el ánimo de la marcha.

El Mochica se cae de rodillas ante la numerosa tropa y cuando se aproxima el final del desfile, se asoma un cortejo compuesto de soldados de élite rodeando a unas personas que cargan una litera, y en ella, sentado, como en un trono móvil, un sujeto. La cara del personaje se puede ver claramente: está preocupado. Tiene adornos grandes en las orejas y porta un adorno majestuoso en la cabeza.

Sabiendo que es el hijo del Sapa Inca, desde el tambo le gritan llamándole, pero el soberano ni se inmuta, parece más enfocado en querer llegar a su destino, que a detenerse para hablar con nadie. Por fortuna atraen la atención de un amauta que se separa del séquito y pregunta qué necesitan.

Entre todos, le dan a conocer la tecnología de los metales en placas que conocen los Mochica, pero el amauta reduce y minimiza el asunto, de modo que se une apresurado al séquito. Los del tambo se siente ignorados, pero han cumplido con su deber a la verdad. Cuando ya se han ido y el silencio se mantiene inquebrantado, el orfebre de cara pintada dice con tono sombrío: - “Hoy el Decapitador va a pintar de rojo el cielo con sangre”.

7. El rito del hijo del Sol

El soldado Huántar es muy distinto que el viejo amauta Vichama. Es áspero, rudo y su modo de querer es bastante feroz. Carece de delicadeza y de un grito o samaqueada, empieza a despertar a los jóvenes uno por uno. Les advierte que es su último día. A los que siguen durmiendo y no se levantan, les golpea con un bastón y les amenaza con tirarles una jarra de agua encima.

A todos los forma en líneas y les pide tomar distancia de un brazo con el otro. A los que no guardan silencio los afrenta golpeando su bastón de madera en la tierra y haciéndola temblar debido a la fuerza que imprime. A toda voz, para que escuchen claramente todos, les dice que ahora empieza su servicio al imperio, y que todo ayllu se enorgullece de sus miembros, pero que aquellos torcidos de comportamientos reprochables, reciben a cambio de su malicia la expulsión, y pasan a ser parte de la fauna silvestre.

Dos cosas les quiere explicar el soldado Huántar a los niños antes de hacer el rito. Primero, quiere hablarles del castigo, y luego, quiere ofrecer posibilidades de cómo cumplir con la mita, la minka y, en suma, cómo el ayni entre persona y persona, entre ayllu y ayllu, entre suyo y suyo, conservan un balance natural.

Los niños se sienten confundidos. El rigor de esa disciplina les hace estar asustados, pero al mismo tiempo, esa actitud posibilita que las palabras perforen desde lo acústico hasta el ámbito del entendimiento. Casi todos rondan entre las once y las quince lunas puras, es decir, en ciclos completos del Sol.

Yawar se pregunta entonces: ¿cómo miden el tiempo, y para qué?, pero entiende que Huántar no es un paciente amauta, como Vichama, sino que ha dispuesto acelerar un proceso dictaminado por la situación de crisis. Por esta triste razón, ni Yawar, ni sus compañeros se enteran que en la ciudad del Cuzco hay un templo con doce pilares, y en cada mes, el Sol aparece por cada uno de ellos en orden, hasta cumplir un ciclo entero. Esto sirve para anticipar los tiempos de cultivo, de modo que, considerando los momentos de preparaciones previas, se cuenta cada año desde la luna llena anterior, de modo que se aprovechen mejor las estaciones de sembrado.

El soldado Huántar clava tan fuerte su bastón sobre el piso, que lo hunde. Muy severo, casi violento, mira desafiante a los muchachos que bromeaban entre susurros. – “En el ayllu decide la persona más vieja; en el imperio también. A los mentirosos, los ladrones, los flojos, los concupiscentes o adúlteros, los traidores, desobedientes y destructivos, a todos ellos se les castiga”

Mientras se pasea de lado a lado, va dando vueltas a la formación cuadrada que ha establecido, y dirige su voz siempre al centro, de modo que todos le entienden perfectamente. Nadie escapa a su visión y su voz les persigue desde todos los ángulos. De modo atento y no sin temor, escuchan los jóvenes que la pena máxima es la muerte y las ejecuciones son variadas. De otro modo, existen la cárcel y la expulsión del ayllu o del imperio. Desde que las penas son tan severas, y el cumplimiento del deber es tan dulce, luego, explica el soldado Huántar, hay pocos criminales, y donde los hay, son vistos como una corrupción que daña el balance que Wiracocha estableció y el Sapa Inca vigila con la ayuda de sus hijos.

El soldado Huántar ruge y ahora está gritando sin darse cuenta. Mira a los ojos a uno y otro, cuando pasa por delante de la formación. Les cuenta que el pueblo del Sol no fue siempre un imperio cohesionado, sino que un antiguo Inca lo unificó y separó la tierra en cuatro esquinas. Su hijo conservó lo creado y lo defendió de los sanguinarios guerreros chankas, tanto más valientes como feroces, entre otros invasores. Luego el hijo de ese Inca expandió las conquistas y luego de un tiempo, hubo paz, pero las revueltas no dejan de aparecer y Chuchi Capac se ha rebelado en una gran zona por el sur, y los Mochica se han reagrupado por el norte. Por suerte el este se mantiene tranquilo; todo el inicio de la gran selva es productivo, mientras que más allá, las tribus que se encuentran por el gran río no se cansan de escuchar maravillas de los hijos del Sol, y esperan ansiosas las anexiones pacíficas. Por ahora, existe paz con los hijos de las nubes de Chachapoyas.

Cuando pasa la mirada por Yawar, éste le mira tranquilamente y escucha atento. Huántar lo mira y calma su discurso, lo que paradójicamente, produce mayor temor por parte de los jóvenes, puesto que su severidad se dramatiza. Dice finalmente sobre el punto: - “Sepan, hijos de la tierra, que el Sapa Inca tiene una ley sencilla, pero de mano muy dura.”

El soldado retoma su camino y ahora va por el otro lado, bordeando la formación mientras les cuenta cómo un reino en el ombligo del mundo empezó a conquistar la región y navegar hasta islas muy lejanas, para convertirlo así en el Tawa (cuatro) Inti (Sol) Suyo (Región).

De los hijos del Sol, que somos todos, el descendiente directo del Dios tiene un ayllu y su linaje hereda el título de Inca, siempre y cuando sea el mayor en lunas puras y sea digno de su cargo. Así de este modo, explica Huántar, en cuanto hijo directo del Dios Sol, el Inca es un soberano absoluto y se ayuda de un entramado de caciques y curacas para administrar sus dominios.

Ahora que nadie se atreve a interrumpir, Huántar cesa el rodeo y se para en una roca grande en frente de ellos. Les dice que el imperio se divide en dos. El Hanan y el Hurin, es decir, en lo alto o elevado y lo bajo. Esta separación funciona en diversos niveles: se usa para distinguir norte del sur, lo que existe en las alturas y en el valle bajo, pero también para el reino del cielo, y el reino de la tierra. En otro sentido, distingue a la clase noble y sacerdotal, de un lado, y al pueblo general, del otro.

En cualquiera de los casos, la misma ley rige para todos y el concepto de ayni atraviesa todas las relaciones sociales. La pereza es duramente castigada, debido a que implica una transgresión social, económica y religiosa. Los ayllus expulsan de sus núcleos a los flojos ya que los perciben como una corrupción despreciable que destruye el sentido comunal de la mita, la minka y el mutualismo recíproco.

Mentir, del mismo modo, es un crimen, por cuanto re-moldea la realidad en base a algo que se aleja de la verdad, y muchas veces aquel daño infligido, no puede ser corregido, de manera que se espera para todos los hijos del Sol, que no vayan en contra del orden del espacio y tiempo que articula Wiracocha, destruyendo con sus falsedades la buena fe, el buen espíritu y el amor de los ciudadanos por su cultura.

En este momento, el soldado Huántar se pone más serio que nunca y vuelve a levantar la voz para que todos se enteren: - “En casos extremos, la mentira se castiga con la muerte y la deshonra”- les dice a los jóvenes con énfasis. Desde que el falso testimonio es algo que se busca eliminar de toda práctica, el Sapa Inca persigue con implacabilidad a los mentirosos y los ajusticia de acuerdo a su voluntad.

Para asegurar el orden, uno de los hijos del vigilante Sapa Inca había establecido que las funciones de los caciques debían impartir de modo equitativo tanto el premio, como el castigo y en general, el control. El premio y el control solía estar en sus manos de modo directo, gracias a los sistemas sociales que ejercían, mientras que el castigo se practicaba siempre y cuando no fuera un caso extremo, en cuya circunstancia se apersonaba el criminal ante el mismísimo soberano, padre de todos, para que éste le ajusticie con severidad y de modo ejemplar.

Cuando una persona ha cometido una falta menor, se espera que pueda corregirse en el futuro, y para escarmiento de sus acciones torcidas, se les coloca en los calabozos, que son recintos subterráneos en donde se le encierra al delincuente con animales feroces, tales como lagartos, serpientes, sapos venenosos, pumas, zorros, osos, perros y otros, con los cuales debe competir por el alimento.

Hay cárceles en cada pueblo grande fortificado, y no es posible entrar o salir, sin la orden de los hijos directos de la nobleza incaica. El soldado Huántar les repite con una voz que se va calmando, ya que ha impreso la importancia adecuada a sus palabras. Culmina sus palabras encima de la piedra diciendo: - “Están advertidos, jóvenes”. Y dicho esto, se pone a rodear la formación una vez más.

Yawar siente que se cansa de estar parado, pero su cuerpo no es tan importante, cuando su espíritu recibe información que debe poder cumplir. No quiere ser arrojado a los calabozos llenos de fieras junto a los desobedientes, los rebeldes, o los traidores del imperio, antes bien, quiere servir como pueda, sin saber cómo.

Se les advierte más cosas a los jóvenes, antes de iniciar el rito de su adultez: a las cárceles del subsuelo se mandan a los hechiceros prohibidos, y se cortan sus lenguas, para que no puedan comunicarse con las criaturas nefastas del Uku Pacha. A los envenenadores los meten en sacos con serpientes y sapos, mientras que a los que dicen ser videntes, pero no profetizan con adecuación, se les puede llegar a extirpar uno o ambos ojos, dependiendo de la decepción que haya causado, ya que se estima que tal acto orbita la mentira.

La nobleza, no por ser del ayllu del Sapa Inca se salva de estos designios: la ley es igual para todos, y en la cárcel subterránea se puede ver tanto a ciudadanos del Hurin, como del Hanan, de manera que nadie está jamás por encima de la ley, y antes que apañar o esconder los actos reprochables de los seres queridos, los primeros en dar alarma de los actos torcidos son los mismos familiares cercanos, quienes prefieren expulsar a los corruptos, antes que ser cómplices suyos.

Como no era bien visto desperdiciar comida en malos elementos de la sociedad, la más difundida y practicada pena es aquella que despoja al criminal de su vida, para que no pueda cometer más sus fechorías, y de esto, se benefician todos, ya que aquél que está con deseos de destruir o lastimar, representa una amenaza para todos, y no sólo para sus víctimas potenciales directas.

Huántar, el soldado experimentado les ruega: - “No por ustedes, no por las víctimas, sino, piensen en la vergüenza que pueden llevar a su ayllu, a su cóndor, al curaca y amauta que les han enseñado lo que está bien.” Esto confunde a Yawar mucho: él entiende que lo malo genera algo malo para todos, pero no reconoce ese sentimiento de avergonzar al ayllu, desde que él, de modo extraordinario, no pertenece a uno en la rigurosidad de la práctica.

Por estas razones, explica el soldado, la vergüenza de un criminal en una familia noble del Hanan es mucho más oprobiosa y de escándalo, antes que, de las familias del pueblo general, o del Hurin. Luego mira directamente a Yawar y culmina diciendo: - “Pero eso no importa, acá somos pura gente del pueblo, nada de nobles, salvo nuestros actos.” Y al terminar, se ríe, como si hubiera hecho una broma muy ingeniosa, que nadie parece haber comprendido.

Luego continúa con su monólogo: explica el soldado que hasta los curacas desobedientes reciben castigo. Asimismo, los soldados que saquean o utilizan la violencia desmedida de modo injustificado durante sus conquistas, son castigados, de suerte que hay una ventana muy reducida para el salvajismo desenfrenado.

Pero de todas las penas, la que se cobra con mayor seriedad es la de aquellos que faltan el respeto, injurian, insultan o calumnian al Sapa Inca o a sus descendientes. En primer lugar, esto supondría una mentira, pero aún más, incurriría en un acto de desobediencia y sublevación que no hacen justicia a las formas imperiales, de modo que el criminal termina deshonrado por sí mismo y se le puede llegar hasta enterrar vivo en fosas que tapan con grandes losas de piedra plana.

La violencia sexual, de la misma manera, es algo que no se puede tolerar, y se castiga con gran intensidad, amputando partes a los agresores, y normalmente se les expulsa del ayllu, pasando a formar parte de lo natural, de manera que los más viejos del ayllu afectado le dan caza al aire libre y luego lo descuartizan, a fin de portar los restos separados como una medalla de la justicia, a la vez que se imposibilita su resurrección en la siguiente vida.

Los que cometen fraudes, sobornos o actos de corrupción en la redistribución o cualquier aspecto del ayni, son vistos como mentirosos mayores y para no generarse mayor problema, se les decapita en el acto, colgando sus cabezas en lanzas de las que cuelga un quipu explicando sus perversiones, y si bien, no todos pueden interpretar ese modo de lenguaje anudado, lo cierto es que todos se terminan por enterar de las razones de tan radical ajusticiamiento.

El soldado Huántar declama algo que le toca muy de cerca, sin que los jóvenes lo sepan: - “A los traidores se les desuella, jóvenes, es decir, se le quita la piel y los órganos, mientras están vivos, ya que pocas cosas hay peores que la de traicionar al imperio de modo directo”. Explica luego con voz clara, que a los ladrones se les ahorca, a los rebeldes se les parte en pedacitos, a los violadores y adúlteros se les apedrea o mutila; Si uno atenta contra las obras sociales, por ejemplo, incendiando un tambo, se le lanza desde lo alto del monte. Con los huesos de los hechiceros que han buscado perjudicar al Inca mismo, se les limpia y son usados de flautas para festividades especiales. Con sus dientes se hacen adornos y con su cráneo se hacen vasos ceremoniales, en donde los curacas beben brebajes de protección.

Finalmente, el soldado Huántar reformula el orden en que se encuentran todos estacionados, escuchando atentamente, y forma una larga línea con todos. Uno por uno, va preguntando a qué se quiere dedicar. Unos quieren cultivar, otros quieren tejer, uno quiere ser chasqui, mientras que otro quiere conocer el secreto de las estrellas. No hay uno sólo que quiera quedar al margen de la mita, ni cualquier indicio de que alguno fuera a desobedecer. El turno, por fin le toca a Yawar, pero su decepción es mucha, cuando Huántar le refiere: - “¿Labrar la tierra? No, pequeño, tus brazos son fuertes, tú te vas a la guerra conmigo mañana.”

8. Los Mochica se quedan sin agua

La guerra duró tres días. Cuando las fuerzas del imperio del Sol se precipitaron valle abajo a un templo muy antiguo, encontraron una fiera resistencia. Los Mochica estaban asustados, porque en la marea, las conchas de Spondylus estaban golpeadas y cada vez más al sur, lo cual anunciaba un cambio climático importante, que siempre les debilitaba, y por eso eran objetivo de los sabios incaicos.

Por ello, anticipándose, los brujos del Dios Decapitador habían congregado guerreros de todos los pueblos de la zona, incluidos distintos grupos reconocidos desde los dominios del valle de Sipán, la huaca del Brujo, el reinado de la señora de Cao, los hechiceros principales de las pirámides del Sol y la Luna, y hasta del lejano valle de Pañamarca, todos, unidos por una identidad, se habían congregado multitudinariamente para hacer frente a los invasores.

Los Mochica eran feroces con los enemigos, pero acogedores con los amigos. Por ello, ver caer en manos incaicas a sus aliados de Chincha y de Chavín de Huántar, les había infundido una furia especial que los brujos más astutos habían sabido aprovechar. Todas las profecías apuntaban a su superioridad para el violento combate.

Cuando el galope de las alpacas de combate empezó a seguir de cerca a aquel temido cuerno sonoro, los Mochica se plantaron en sus posiciones defensivas y con lanzas largas, escudos de madera, garrotes de madera y caras pintadas de rojo y azul, se enfrentaron con furia en contra de los imperiales.

Es cierto que los imperiales son muy buenos guerreros, pero el fervor que tenían los locales era sin igual. A mordiscos y puñetes, iban tirando al piso, uno a uno de los enemigos, sin ceder la línea de defensa. Cuando los chasquis llegaron al combate, ya los brujos Mochica habían empezado a cantar sus artificios y unos tambores ominosos opacaban la música de los flautistas invasores.

Sangre, lodo, caos y mucho miedo eran los protagonistas del escenario. Entre ese miedo, había resolución de ambos lados, la voluntad de matar o morir matando. Los que eran desarmados y caían al piso no dudaban de coger una piedra y resolver las cosas a la antigua. No había espacio para celebrar una victoria, ya que ni bien caía un soldado, otro aparecía en reemplazo, y así, durante toda la jornada.

El grueso del ejército incaico hizo su aparición al cabo de unos momentos. No fue, sino hasta entonces, que los Mochica hicieron el amague de retirarse, pero no para huir, sino para tenderles una trampa. Desde sus pirámides, los brujos del Dios Decapitador utilizaban cierto hechizo para empoderar su voz y se escuchaba fuerte, presente en todo el valle, decir en un lenguaje hereje las maldiciones más oscuras que jamás nadie había escuchado antes.

Los hijos del Sol estaban desmoralizados, ya que veían caer a sus hermanos imperiales uno tras y otro, y, sin embargo, seguían avanzando, siguiendo el paso que les marcaba la línea de defensa de los Mochica. Astutamente, estaban siendo conducidos a un encierro, pero ellos no lo sabían desde donde estaban.

El hijo del Inca, desde su litera y en lo alto del valle vecino lo iba viendo. Exclamaba que estaba mal y que estaban perdidos ya, pero los curacas y amautas le contradecían, animándole a que la batalla podría cambiar de rumbo. Le animaron a formar a los honderos detrás de una avanzada de escudos y el soberano estuvo de acuerdo, por lo que tocaron un sonido triple del cuerno, lo que invitaba a adoptar la formación entrenada previamente.

Los que habían avanzado se detuvieron, orientados por el cuerno imperial, y plantaron su escudo, recibiendo lanzas y piedras, haciendo un pequeño muro, tras el cual los honderos empezaron a bombardear toda la zona, lo que fue efectivo por breves momentos, ya que los Mochica no se quedaban atrás.

Sin intimidarse por el gran orden y majestuosidad de tal ejército, los Mochica retiraron a sus tropas más débiles y ordenaron a sus guerreros de élite que se encargaran del asunto y lo terminaran. El porte y presencia de estos individuos era totalmente asombroso. Usaban cascos muy raros que brillaban ante la luz del Sol, y eso empezó a anunciar la derrota del Inca.

No sólo sus cabezas parecían doradas, sino que su ropa, era como del mismo material, brillante y hermoso, labrado con un arte tan magnífico que, hasta el hijo del Sapa Inca, desde su litera se maravillaba con lo fenomenal de aquellos combatientes. Sus armas de dos manos eran del mismo material misterioso con mangos de madera, a la suerte de un martillo, pero bastante grande y pesado. Con estas armas reventaron cráneos por doquier y no importó cuantas piedras, lanzas, insultos o perjurios les lanzaron a los guerreros, siempre, sus armaduras reflejaron el daño y el sonido opacó cualquier tipo de amenaza.

Los guerreros apenas lograban espacio y no podían acceder a la línea de pelea, se daban la vuelta y decapitaban a los guerreros que habían vencido. Luego, la marcaban con una especie de símbolo familiar o de clan, para luego reclamarlas, embrujar para reducir, y convertir en los collares que usaban.

Los soldados decapitadores tenían dos o tres collares repletos de cuentas que, si se hubieran analizado, se hubiera descubierto que eran efectivamente cabezas reducidas con sal, pero desde el fragor de la batalla, los imperiales estaban ocupados siendo esquilmados e irreversiblemente aniquilados a medida que seguían llegando los refuerzos.

Así pasó el primer día y el hijo del Inca replegó sus fuerzas, dándose por derrotado en el combate, pero no vencido en la guerra. Terminando de bajar del valle, reagrupó a sus tropas cerca de un enorme río y acampó ahí para curar a los heridos y contar a sus soldados. Más de la mitad de su poder había sido neutralizado.

Por otro lado, los Mochica celebraban con gritos oscuros y roncos. Bebían líquidos rojos, fermentados, y otros frescos. Se ensuciaban la cara de este color, y se reafirmaban el color de su rostro, hasta que se les chorreaba el carmesí a todo el cuerpo. Los guerreros decapitadores eran halagados y se les trataba con el rango de dioses en tierra, por el día de hoy.

Los brujos iban ofreciendo cada gota de sangre al Dios del cielo y repetían de un lado a otro: - “Ai Apaec beberá con nosotros, esta noche, y colorado se pondrá el cielo”. Cuando decían esto, los guerreros en frenesí repetían las palabras y empezaba a correr cierto humo ritual alrededor de los campamentos. En el atardecer, los designios se cumplían y el panorama de la atmósfera se percibía enrojecido. Primero fue un cielo rosado, pero no demoró en teñirse de un rojo intenso, que enardeció a los Mochica, quienes, eufóricos, se daban por ganadores y bebían sin parar.

El hijo del Sapa Inca no podía regresar, por segunda vez al Cuzco y darse por derrotado una vez más. Era más noble regresar habiendo cumplido la misión, o de otro modo, no regresar en lo absoluto. Miraba el horizonte y a los enemigos celebrar, mientras que, a su alrededor, los heridos se lamentaban y gemían de dolor.

En la mente del soberano y padre del ejército vencido, había imágenes que no podía olvidar. Esos guerreros envueltos en metal, ¿de dónde habían salido? ¿quiénes eran? O ¿Qué tipo de hechicería era esa? No lo comprendía y su gente había sufrido por su apresuramiento. El Inca, entonces, divino y solemne, derramó una lágrima.

Un curaca se acercó al soberano, era su amigo de toda la vida, pero siempre le tenía el respeto extraordinario que merecía la investidura de hijo del Sapa Inca. Le dijo con ternura: - “Padrecito, padre nuestro, no derrames tu tristeza, que tú eres hijo del Dios Sol, y puedes traer una inundación si sigues llorando.” Con gentileza se acercó al soberano sin tocarlo y se puso los brazos sobre su propio pecho, como dándole un abrazo de lejos sin exponerse a perder la cabeza por osar ponerle la mano encima. El Inca lo miró asombrado, con la idea que le había generado su comentario. Lo abrazó y le dijo: - “Curaca Katari, tus palabras me han hecho ver la salvación. Reunamos a todos.”

Ni bien dijo esto, todos callaron y se pusieron a disposición de su soberano. Ordenó deshacerse de las armaduras y cavar. – “¿Cavar?” Casi pregunta uno, pero luego se acordó quien era el que ordenaba tal cosa. Obedientemente, todos cavaron de acuerdo a cómo el Inca fue dirigiendo, trabajando toda la noche y la mitad del día siguiente.

Al cabo de toda la jornada, los hijos del imperio del Sol comprendieron los planes del sagaz soberano: quería desviar el río para cortarle el suministro de agua al valle de los Mochica. Cuando comprendieron estos planes se entusiasmaron y trabajaron con mayor ímpetu, de modo que culminaron la obra improvisada en menos tiempo del calculado y el tercer día, luego de despachar chasquis para pedir refuerzos, lo único que tuvieron que hacer, fue esperar.

9. Un vistazo al inframundo

Yawar ha fortalecido sus pies y ya no le cansa caminar tanto. Recorren el sendero del Inca con fluidez y en cada tambo reposan, para volver a la marcha. Desde el valle de Caral, han ido hacia el norte y se acercan al cerro Sechín, antes de llegar al oráculo del Dios Jaguar. Las órdenes de Huántar, ahora su comandante, son las de proteger el sitio frente a cualquier invasión, pero no le han explicado a qué se podría enfrentar.

En el tambo de Sechín, se advierte un templo muy antiguo y de paredes coloreadas. Hay grandes estatuas que se mezclan con los muros, pero desde lejos no se aprecian bien del todo. Mientras Yawar y los soldados van trepando, empiezan a reconocer lo que ese templo representa en sus murallas.

Son guerreros tallados de roca, representando a guerreros muy antiguos de la zona. Parecen ser caníbales y cuando está tallada una decapitación, luego un bloque de piedra salido ha sido tallado como la cabeza separada. El realismo de las figuras es perturbador, y si no fuera por el colosal tamaño de la fortificación, uno hubiera pensado que se trataba de soldados reales, siendo muy crueles con sus enemigos.

El tambo tiene preparados para ellos un fermentado de trigo que se acompaña de un guiso muy sabroso. Los choclos son de granos generosos y dulces, mientras que las doce variedades de papas de la zona se complementan con otras variedades que se traen por el camino imperial de lugares muy remotos. Del río han sacado peces y los doran en una cocina de barro. El olor del comedor empieza a atraer a los viajeros que se guarecen en el extenso almacén y posada.

Huántar anima a los nuevos reclutas del ejército, incluyendo a Yawar. – “Les va a encantar el oráculo de Chavín de Huántar, de donde proviene mi ayllu. Hay un altar grande en frente de una plaza cuadrada, en donde un fuego central arde sin que se le alimente, y muchos dicen que es consecuencia de una magia del mismo Wiracocha. En este caso, hay una suerte de pirámide, pero más bien, es un cerro de forma piramidal, que se ha cavado para tener un laberinto subterráneo.”

Mientras habla, van comiendo todos. De un mordisco despedaza un carnoso pescado y con cuidado evita las espinas. Huántar les cuenta muy entusiasmado sobre tal templo. Refiere que hay una galería en donde sueltan caníbales que han bebido un brebaje mágico y que se enfrentan a un Dios que habita en un recito central del templo sumergido. Está al centro la gran arma de un Dios que lucha por la justicia social, un Jaguar protector del sentido del trabajo. Se cuenta que es un gigante con forma de hombre, pero con cabeza de felino. A los flojos o a los caciques que no reparten bien, por igual, los devora sin problemas.

Los sacerdotes del oráculo de Chavín de Huántar adornan las paredes laterales del templo/cerro piramidal con unos adornos muy singulares. Con voz muy enfática y conmovido por la magia del sitio, el soldado Huántar refiere mientras bebe chicha: - “Les digo, en esas paredes hay cabezas clavadas, y hablan. Al menos, cuentan una historia. Una vez me di una vuelta alrededor del templo y entendí esto. Luego de la vida, viene la borrachera, y del éxtasis se pasa a la muerte, para luego reencarnar en un animal, o un Dios. Esa es la historia que me contaron las cabezas.”

Ni Yawar, ni los demás jóvenes entienden en qué sentido dice lo que cuenta, pero asienten calmados, sin cuestionar, pero empezando a acrecentar en sí mismos las expectativas del lugar que se les describe. Húantar explica que los de Chavín son una cultura tan antigua, que antes vivían en la selva, al otro lado de la cordillera, y que este templo no es sino una avanzada bastante lejana de su origen primordial: prueba de ello es que su Dios es una criatura más bien propia de la selva, antes que de la costa serrana.

Con las historias pasa el tiempo y la noche cae. Con la oscuridad las sombras crecen y los laxos soldados se encuentran relajados a la hora del asalto. Les toma tiempo comprender qué es lo que sucede. Primero los gritos anuncian algo extraño. Luego la conmoción crece como una ola que se sale de control hasta que revienta súbitamente, helando los nervios de los que estaban antes tan relajados.

Entre las calles se cuela el grito: - “!Supay!, ¡Supay!”. Es un alarido frenético, antes que una simple elevación de voz: se percibe el miedo y la desesperación en la persona que aúlla ante la amenaza. Al parecer, los animales son el foco de la primera embestida y lamentos de dolor son opacados por el sonido de la carne chocando con violencia el piso.

Yawar no entiende qué sucede ni logra ver, a pesar de las piras de fuego, antorchas y lámparas que algunos llevan mientras corren. Sólo se ve una tormenta de sombras, atorbellinando a los animales contra las estructuras. El techo del corral no demora en desajustarse y volar varios metros alejándose del impacto.

Huántar se arma, se dispone a tocar el cuerno, pero luego lo piensa mejor y se abalanza con resolución al camino, en dirección al templo. Los jóvenes se quedan solos y son los únicos que no atinan a esconderse. El desgarrador sonido de las bestias siendo ejecutadas empieza a herir la empatía de los mortales, pero lo más frustrante es que no identifican a su invasor: sólo ven sombras y fuegos demoníacos que se podrían confundir con ojos desorbitados.

Cuando los pobres animales han sido masacrados, ocurre un breve momento de silencio, en donde la atención de todos se incrementa y luego se desencadena otra oleada de carnicería; esta vez, un vigía local cae de su torreón de observación, pero no se logra distinguir qué tipo de fuerza sobrenatural le ha arrojado con tal violencia.

El hombre robusto cae con la lanza hecha pedazos y uno de sus brazos se disloca con el impacto del tropiezo. Cerca, Yawar mira aterrado al hombre ser envuelto en decenas de brazos fantasmagóricos y cree poder discernir formas entre las figuras. Son como ancianos, muy demacrados, como fantasmas muy viejos, que le arrastran al sujeto y le quieren llevar a su mundo, pero el vigía lucha para no ser desterrado de este plano. Con el brazo roto, su dolor cede a su voluntad y, finalmente, ante la mirada atónita y desesperada de Yawar, el hombre desaparece, jalado por las sombras hasta otro mundo que de pronto, parece haberse satisfecho con la presa, y de modo súbito, cesa su ataque.

La gente no sabe si el silencio que reina será interrumpido una tercera vez, pero en la expectativa, regresa Huántar con el curaca local, quien agita un báculo, como ahuyentando algo que ya no se ve. – “Se lo han llevado, es esfumó en la nada, absorbido por las sombras”, refiere uno, - “Cayó desde el torreón hasta el piso tan fuerte, que atravesó al inframundo”, dice otro. Nadie sabe bien qué ha sucedido.

El curaca se lamenta y explica que el vigía era de sangre real. Los que le conocieron aseguran que fue un bien sujeto, trabajador y con una familia feliz. Los niños que ha sido forzado a abandonar se exprimen el interior tratando de aceptar la pérdida inexplicable y su pareja, de la conmoción, ha caído inconsciente al piso, golpeándose la cabeza hasta quedar inerte.

¿Qué fue todo eso? Se pregunta Yawar. ¿Eran ancianos los que se asomaban a este mundo con la forma de sombras? ¿Por qué sus ojos brillaban tenuemente como un fuego imperfecto, como si no tuvieran la total realidad, ni calor, de las piras o fogatas reales? ¿Estaban muertos, esos que vivían ahí? Yawar no comprende, pero no tiene tiempo para las preguntas, ya que un viento se eleva fuerte y arrastra arena con tierra de modo violento.

La gente asustada corre a sus casas y el curaca grita que deben esconderse, ya que los Supay andan sueltos. Desde la calle oscura, Yawar mira como todos se guarecen, y se preocupa porque todos estén a salvo: todos menos él. El viento le empuja. Por un momento se planta, creyendo que puede aguantarlo, pero no es una ventisca como antes haya podido experimentar. Es un viento feroz que cada vez arrecia con mayor intensidad.

Ante los ojos de Huántar, el huérfano y reclutado Yawar es arremolinado por las fuerzas del viento. Adiós Yawar, fue bueno conocerte por el poco tiempo que tuvimos juntos. Ahora los dioses de la noche te reclaman y te han hecho volar. Él ha perdido el conocimiento cuando sus pies despegaron del piso, pero el resto lo observa todo: Yawar es transportado lejos, como una estrella que no brilla. El viento le hace volar más allá de lo iluminado y con terror se presencia como un viento de la noche desapareció a alguien que apenas era un joven, y ahora pertenece al reino del cielo.

10. Otra campaña demorada

En el valle de Catequil se experimentan días extraños. Los jóvenes Mochica reclutados para las labores de la mita son muy ariscos y se niegan a compartir la lengua. Hablan entre ellos y a regañadientes realizan sus labores. Cuando uno se planta y no quiere trabajar, es disuadido primero por la palabra y por el garrote después. La mayoría se corrige, pero aquellos que insisten en la rebeldía reciben un castigo ejemplar.

Lentamente se acomoda la vida, mientras los incaicos asimilan las bondades de la orfebrería especializada. Sus mejores artesanos ya comparten las fórmulas y métodos para revolucionar el mundo, de suerte que el oficio metalúrgico promete generosas bondades para la vida en el imperio en el futuro cercano.

El hijo del Sapa Inca ha sido aplaudido por su sagacidad para someter a los Mochica, sin debilitar más sus ajetreadas huestes. El cauce del río ha regresado a su flujo original y los brujos de Ai Apaec han visto sus creencias conservadas, siempre y cuando guarden el respeto por los nuevos dioses, sobre todo, considerando al Dios Sol y su hijo el Inca como sus primeras deidades, restando luego el culto libre a las creencias locales.

Doradita y su padre tienen más trabajo que nunca, ya que el tambo congrega más personas que nunca, y en especial, chasquis de tierras lejanas, que traen bienes exclusivos para el mimado soberano. El Inca agraciado comparte sus riquezas con los suyos y demuestra su impaciencia por aquel quipu del norte, que decidirá sus próximos pasos.

Los mineros junto a Rosadita, la coleccionista de piedras, se han unido al Mochica herrero para ayudar conjuntamente en la atención del atribulado tambo. El padre de Doradita se les agradece mucho y a cambio les hospeda y reserva las más puras de las chichas. Se vive una temporada muy agitada en el valle de Catequil, cuyo oráculo ha sido derrumbado.

El ejército se ha congregado y sus tropas refrescado nuevamente, pero los soldados no olvidan a sus hermanos caídos. Lamentan las consecuencias de la guerra y agradecen a su padre, porque saben que pudo ser peor la cuota de bajas. Todos discuten el papel fundamental que jugó la ventaja de los Mochica: sus armaduras flexibles. Son mejores que las de cuero y desde que reflejan el brillo del Dios Sol, significan un avance que deben adoptar con fines religiosos, tanto como bélicos.

Con el tiempo, la cooperación entre estos dos poderosos pueblos culminará en la producción de grandes aparatos para la guerra, tales como cascos de cobre, bronce y oro, pectorales protectivos de diversos estilos, orejeras ceremoniales, narigueras suntuarias, cuchillas ceremoniales, collares distintivos, adornos de todo tipo, representando toda suerte de animales, dioses y creencias de los hijos e hijas del Sol.

Pero este proceso no sería uno sencillo y ahora el hijo del Sapa Inca esperaba sentado en su gran trono acolchado que regresara ese chasqui, o mensajero, de las regiones del norte. Habían pasado ya días y se temía lo peor. Sin embargo, el tiempo no había sido desaprovechado, debido a que, durante la larga espera, el Inca había ido conociendo las bondades de la metalurgia, de suerte que, desde su sitio en el valle de Catequil, encargó obras para difundir dichos conocimientos.

De mañana, con las primeras luces del Dios Sol, llegó un fatigado Chasqui que había recorrido un camino muy descuidado. Venía del lejano reino de Quito, en donde un gran señor había tenido contacto con el Inca, pero nunca de modo personal, sino salvo a través de intermediarios diplomáticos.

Un amauta muy especial ha llegado de muy lejos, y es convocado a interpretar el quipu. En casi todo momento, el Inca se comporta como un Dios, cuando habla, todos escuchan y la mayoría no le puede mirar a los ojos. Es el hijo del Sol, y ver de frente al Sol quema la vista, y (esto lo saben bien las vírgenes del Sol). Pero el amauta que ingresa al tambo, demontando de una alpaca de combate le saluda de modo fraterno.

Con la voz propia de un soberano, el Inca dice invadido de felicidad: - “Hermanito Vichama, has venido hasta acá”. Vichama es muy viejo y ayllu es del Hanan Pacha. El Inca es como de su sangre. Se estrechan los brazos y se sientan a comer, beber e intercambiar noticias.

El imperio está en desbalance, se abren frentes por todas las esquinas. Por el sur, Chuchi Cápac fortalece su rebelión e intenta contactar a unos guerreros conocidos como los feroces del río Maipo, los Selk’nams, Tehulches y muchos otros grandes pueblos antiguos, incluyendo a todos los que habitan en las islas de la gran Mamacocha, la Diosa de la laguna primordial.

Mientras el sur tiembla, el este florece de modo tan silvestre que el movimiento de su exuberante floresta abruma. Faltan manos para seguir cuidando los caminos ahí donde todo crece descontroladamente. El dominio del imperio hacia las tierras del gran río se conecta a un mundo enorme que el Inca no ha terminado de visitar, pero cada vez más, van llegando contactos de pueblos lejanos más antiguos y son muchos y muy diversos, de manera que la demanda se multiplica día a día, mientras el soberano se ocupa de los otros rincones. Por ahora existe crédito en la figura del hijo del Sol, siempre y cuando los habitantes de las nubes, o Chachapoyas, preserven aquella frágil alianza que tienen con los imperiales.

Hay tanto camino que hacer. El centro se encuentra cohesionado, ya que viven en paz los Nazca, los Paracas, los Ichmay, los de Caral, los Puclla, los de Chavín de Huántar, los Wari, los Aymaraes, los hijos de Tiwu, los Chincha, de Cochabamba, los de Copiapo, los hijos de Wira, entre muchos otros, y gracias a la sagacidad del soberano, ahora de los Mochica.

Cuando el curaca se pasea botando humo por el tambo escucha la conversación que mantiene el amauta Vichama y el hijo del Sapa Inca. El quipu, lastimosamente, no trae buenas noticias. Los Mochica derrotados que han ido expulsando hacia el norte, se han reagrupado hace bastante y vienen fortificando una ciudadela impresionante que llaman Chan-Chan. Los mejores artesanos se han congregado en ese sitio y sus guerreros entrenan sin descanso: ahora se llaman como los Chimú y parece que no han demorado en hacer poderosos aliados.

El norte es rico en valles y a los nuevos señores de Chimú se les han unido los grandes señores de los valles de Sicán, Sipán, Virú, Quito y algunos otros. Esto representa una seria amenaza, ya que el imperio parece estar colapsando y su mayor preocupación, en el fondo, es la de unos demonios de los que los curacas no saben nada.

Las noticias no sientan bien al sagrado hijo del Inca. Les dice a todos que desea conversar con el cóndor de la zona, es decir, con el que vuela por lo alto y todo lo vigila desde arriba. Así es como se les refiere a los líderes del ayllu de cada valle. Unos sirvientes le cargan y le llevan a cierto hogar sagrado, que funciona como un templo. Se detienen en la puerta del recinto lleno de ofrendas.

El cóndor está adentro. No se ha ido a ningún lado: ahí yace el viejo mallqui. El hijo del Inca entra, le saluda y se sienta, para tener una larga conversación. Desde afuera, sin embargo, nadie escucha nada. Con paciencia esperan que los dos nobles terminen su conferencia. A cada cierto rato el Inca le exclama cosas, como si estuviera hablando sólo, ya que no se oye respuesta alguna, pero, de cualquier forma, ninguno de los presentes, salvo Vichama, entienden el lenguaje que utilizan, ya que hablan una lengua sagrada reservada a la más alta nobleza de los Incas, que las mujeres preservan y enseñan.

El Inca pasa horas meditando con el cóndor y las conclusiones no llegan, pero los chasquis sí. Como si no fueran suficientes malas noticias, el oráculo de Huántar ha caído y el Uku Pacha continúa desapareciendo gente. Los que han sobrevivido describen que las sombras a veces toman formas como de arañas y que crepitan en las paredes de las fortalezas, como burlándose de unas defensas que para ellas son un juego.

Cuando el Inca sale renovado de su conferencia, su semblante es otro: la paz le ha llegado y tiene claro qué hacer. Sin tener idea de lo que el chasqui ha referido, se dirige a su corte y entona una voz solemne y muy optimista al mismo tiempo. – “Empaquen las cosas, mañana partimos, ya sé a dónde debo ir”. El séquito de ayudantes se apresura a realizar los preparativos y no pierden tiempo en dejar todo listo. El amauta Vichama se atreve a preguntar el rumbo del gran hijo del Sapa Inca, ante lo cual, le responde: - “Por supuesto, debo ir al oráculo de Huántar para pedir consejo.”

11. La selva nublada

Yawar tose y se ve envuelto en una neblina extraña. No sabe dónde está, no sabe como llegó ahí, pero le duele todo el cuerpo. Se siente mareado y descompuesto. No tiene recuerdos, salvo los intraducibles chisporroteos que aparecen en su consciencia de modo desarticulado e inconexo, como si fuera un sueño. El hambre le atormenta.

A su alrededor hay selva, pero él está como elevado, en una suerte de meseta de muy improbable acceso. Hace frío y la conmoción es impactante; lo único que recuerda es haber sido arrastrado por algo durante el ataque que sufrió su tropa en Chavín.

Se mira a sí mismo y reconoce que todavía lleva el uniforme nuevo del ejército imperial, que Huántar le acababa de entregar. No tenía nada más, y extrañaba mucho el abrigo de su manta. Para mantenerse cálido, caminó, pero lo hizo sigilosamente, viendo a todos lados. Esto es confuso con la bulla de la selva, y a medida que se aproximaba a los bordes de la meseta, iba reconociendo un coro de aves, animales, flujos acuáticos y siseos de las frondosas hojas en el viento, que rozaban de tan cerca con el resto de abundante vegetación.

Había escuchado relatos de cómo es la selva, pero nunca había estado en ella. Ahora, inmerso, se veía alterado con los agresivos estímulos que le rodeaban y que le impedían detenerse a pensar en cómo llegó ahí. No había un camino y no sabía a dónde iba, pero el frío le hacía caminar entre la neblina. Muy lejos, no se apreciaba mucho, aunque se adivinaba una continuidad laberíntica de árboles. La vista al cielo estaba bloqueada por la abundancia de vegetación y niebla, de suerte que lo poco que veía el confundido ciudadano sin familia era una floresta descomunal que impedía el paso en todas las direcciones, salvo cuando un árbol se interponía.

Los troncos eran enormes, como si el paso del tiempo hubiera sido inmedible, o bien, como si Yawar fuera un ser muy pequeño en un gran jardín, a la deriva y confundido por lo inexplicable de su destino. Luego caminar y entrar en calor, descubre algo: es como una piel, bastante grande, como si una gran serpiente hubiera visitado la zona hace mucho y hubiese dejado esta muestra de su colosal volumen.

Mientras Yawar se alejaba en el sentido contrario, pensaba en qué tipo de culebra podría llegar a ser tan grande. Había oído historias sobre la anaconda, y sobre el Dios Kientibakori, gracias al amauta Vichama, pero nunca creyó estar tan de cerca de aquellos mitos.

Para cuando escucha un reptar tan fuerte que la tierra tiembla un poco, en lo alto de la meseta empinada, ya es demasiado tarde. Yawar ha sido rodeado y emboscado por una criatura salida del mundo del subsuelo, o al menos eso parece, ya que es aterradora, pero no está envuelta en sombras, sino en una reluciente piel color verde esmeralda. Dos ojos amarillos de casi tanto tamaño como los suyos observan interpelativo al pálido Yawar.

Sin demorar el juicio, la gran anaconda de la selva nublada se resuelve a atacar y embiste al golpeado, mareado y asustado soldado que no pertenece a ningún ayllu. La cola del colosal ofidio golpea con fuerza la tierra y Yawar cae de bruces. Su cola es amarilla, y parece estar acorazada, ya que sus escamas se han secado mucho y fuerza de martilleos percutivos, se ha cohesionado en una maza uniforme de volumen contundente, el cual, ahora se aproxima a toda velocidad contra la cabeza del hambriento hijo del Sol.

12. Una nueva vida en los jardines Nazca

Como agradecimiento a su noble servicio, el hijo del Sapa Inca les ha conferido a Doradita, su padre, el Mochica herrero y a Rosadita con sus amigos mineros, el don de servir en un lugar más pacífico, para protegerlos de las turbulencias de la guerra local. Sus puestos han sido delegados a jóvenes que conocen algo del asunto y a ellos se les ha enviado al templo de Cahuachi, en el corazón del valle Nazca.

El hijo del Sapa Inca ha delegado enviar emisarios para negociar con los Chimú, con la esperanza de alcanzar una tregua mientras el Uku Pacha siga destruyendo los oráculos. En vano se espera respuesta, pero al menos el intento se ha realizado, y mientras esperan respuesta, no ha demorado sus actividades, sino que ahora parte hacia la selva, para encontrarse con sus aliados más importantes y coordinar las acciones para defender el último oráculo en Kuélap.

Al principio Doradita extraña su casa y se cansa de los caminos, pero la comodidad de los caminos le acompaña y junto a su grupo viajan al sur. El mundo del valle Nazca es muy especial. Los artesanos han aprendido tanto las magias de los Incas, tanto como las de los antiguos Paracas. Se cuenta que pueden operar el cráneo, dejando a las personas como nuevas, luego de la cirugía, arreglando males o curando heridas que hubieran sido mortales en cualquier otro valle.

Aunque es una tierra un poco arenosa, los Paracas habían diseñado un sistema que beneficio a su pueblo, y luego a los Nazca y luego a los Incas; un sistema muy ingenioso de acueductos subterráneos que elaboran desde riberas, lagos o el océano mismo y conducen por largos recorridos el camino del agua. Cada cierto número de pasos, colocan pozos en forma de espirales gigantes, de modo que las personas pueden bajar y recolectar agua, al mismo tiempo que se fertiliza toda la zona. Esto posibilita el cultivo en una zona más bien desértica.

Cuando Rosadita explore las minas, encontrará que hay pasajes subterráneos que conducen a núcleos ocultos bajo la tierra, en donde las familias de los Paracas entierran a sus ancestros en momias muy bien atendidas. En caminos ocultos, se puede alcanzar, además, otro tipo de ciudadelas escondidas, pero los mineros no se aventurarán tan profundo, ya que habrán de distraerse con los ricos minerales que aparecen en el transcurso de la exploración.

El herrero Mochica de cachetes pintados con recuadros bicolores, llamado Oog, no demorará en mezclar sus conocimientos poderosos, con los saberes ancestrales del pueblo local, y llegará a crear estatuillas de aquel Dios Dragón con forma de pez con todo el material que sus amigos le proporcionen.

La chicha es bastante dulce, en este valle y el calor se siente fuerte de día, y muy ausente de noche, por lo que no es infrecuente que las casas mejores amobladas se encuentren bajo tierra y cerca de la gran pirámide ceremonial. Otros viven en las cuevas, en donde articulan complejos sistemas de caminos, especialmente, los ayllus más antiguos, que guardan relación directa con los antiguos Paracas, y finalmente, esos seres que tienen una cabellera inmensamente larga, junto a aquellas extrañas criaturas de cabeza muy alargada, viven en la intemperie en chozas a penas protegidas y de modo muy mecánico, las utilizan para dormir de día, ya que son entidades de la noche.

Uno de ellos, de nombre Pisco no ha podido evitar hacerse muy amigo del padre de Doradita; a él le ha confiado el secreto de su cráneo descomunal. Le ha mostrado como se ordenan los ayllus de las estrellas y al mismo tiempo, ha dibujado en el piso las constelaciones y astros principales: la chakana, el oso, el zorro, la llama, el pisco (o ave), el sapo, la serpiente y el yawar.

Mientras le explica con paciencia y calma sus ideas, el padre de Doradita asiente y se empieza a sentir fascinado. No va a tardar en descubrir, que, para contactar a los dioses, los Nazca gustan de dibujar amplificaciones de sus dibujos terrestres, de modo que el cóndor pueda degustarse, y así mismo, todas esas criaturas que “nadan en el aire”, para usar palabras del mismo Pisco.

Doradita ha servido siempre en la administración del tambo, pero hay algo que le ha maravillado. Los textiles creados en este valle son maravillosos, llenos de figuras, colores y detalles minuciosos. La maestría de los tejedores Paracas y Nazca no tienen comparación: han revolucionado el mundo textil, al punto en que lo que antes era un objeto de uso regular, como una manta, una alfombra o un toldo: ahora ellos lo han transformado en una concreta obra de arte, apreciable por sí misma por su valor estético, mucho más allá de su incuestionable funcionalidad.

Ella se ha maravillado en los pequeños títeres que hacen para los dedos, de modo que puedan contar historias a los niños, creando personajes muy detallados y repletos de labor especializada, realizada con mucha atención y dedicación. Ahora Doradita querrá dedicarse a ese oficio, y no habrá ningún problema en ello, pues es apto para todos el empezar siempre nuestros caminos.

Al hacer juguetes para niños, ella piensa que algún día podría tener los suyos propios, pero quien sabe cuando llegue ese día. Los jóvenes se casan, a veces por arreglo, otras por la voluntad de la pasión, pero siempre alrededor de la veintena de lunas puras, ya que así, los hombres y mujeres adquieren pronto sus responsabilidades que le articulan al ayllu, al ayni y al imperio del Sol.

Un día le habrá de preguntar a su padre sobre el tema, aunque él esté absorto en sus temas estelares. Le referirá, entonces, con algo de pesar, de que su matrimonio ya ha sido designado, y es con alguien que ninguno conoce, un joven soldado del valle de Caral, que, por operaciones burocráticas, tuvo que aceptar hace muchos años, a cambio de poder casarse él mismo con su madre, quien un día de pronto, fue tomada de este mundo del Kay Pacha.

En paz, habrán de pasar los días en el valle de Nazca, salvo para Doradita, quien habrá de alimentar la expectativa de conocer a su futuro ayllu. Su padre, habrá de conocer, gracias a Pisco, el secreto de muchas relaciones matemáticas entre el mundo de las estrellas, y el mundo de los andenes. Oog, como es natural, no puede dejar de acumular una gran fama como un excelente orfebre, y no demorará en solicitársele desde la capital en Cuzco.

Sin embargo, la más feliz de todo el grupo viajero que ha sido reubicado, no puede ser otra que la minera Rosadita. Su amigo ha sufrido un accidente en la mina, y su cráneo ha quedado casi destrozado, pero gracias a la sabiduría médica del valle, se le ha podido conservar la vida. Admirados por el desastre, pero más fascinados aún con el poder de curar, los mineros habrán de sentir un gran alivio por su amigo.

Desde su litera y a medio mundo de distancia, con mucha felicidad recibe el hijo del Sapa Inca las noticias de sus hermanos y hermanas del valle de Catequil, ahora en el valle de Nazca. Con igual optimismo, ha recibido de un chasqui la aceptación de la paz entre los Incas y los Chimú. Y con este buen humor se dispone a cruzar el río que le llevará a la gran fortaleza de Kuelap, hogar del pueblo de las nubes, o los Chachapoyas.

13. Sueños y humo

El cóndor es un ave muy antigua. Aunque se ha acostumbrado a vivir de desperdicios selectivos, no ha olvidado como cazar. Algunos amautas han señalado la antigua relación que tuvieron los pájaros con los reptiles, de modo que alguna vez fueron bastante parecidos, pero unos prefirieron reptar por el mundo, mientras que los otros decidieron volar por encima de él.

La magnitud de un cóndor, con sus alas extendidas, puede llegar a ser sorprendente. El tamaño de su cuerpo puede crecer hasta alcanzar el volumen de un ser humano adulto, y sus alas pueden llegar a expandirse de lado a lado, hasta tres metros y medio, es decir, que, si ponemos a personas con los brazos extendidos, una al lado de otra, pueden llegar a interponer cinco o seis juntas para equiparar la distancia de un cóndor en toda la majestuosidad de su extensión.

Un cóndor vuela y recorre la alta selva. En una meseta empinada y de mucha altura, emana un olor que no le es esquivo: es el aroma de la muerte y la descomposición. En su sabiduría, el cóndor come sin matar, de modo que se aproxima a la escena, pero descubre algo sumamente inusual.

Una serpiente que no se mueve parece abrazar a una presa que no pudo digerir. Ahí donde tenía encerrada a su víctima, ésta, en su desesperación, parece haberse defendido a mordidas, destruyendo con sus dientes la piel del reptil, hasta causarle una herida tan grande, que la ha desmantelado.

Al parecer, el joven soldado que ha luchado contra la colosal anaconda, ha comido parte de la carne de la bestia, sin saber que es venenosa, y ahora se encuentra inconsciente, presa de agobiantes fiebres que van y vienen. El cóndor puede postergar su alimento, ahora sabe que debe llevarlo donde un viejo amigo, y así, el ave transporta a Yawar, el herido, hasta un pueblo cercano, en donde un anciano podrá curarle.

Usando pócimas y diversos humos, los días pasan y Yawar mejora. El brujo de la selva ha usado sus poderes para adivinar quién es su paciente, y de dónde ha venido, pues el cóndor no ha sabido explicárselo. Con bastante cuidado, ha eliminado todas las toxinas de su organismo y está listo para despertar.

Pero Yawar sueña y sueña, una vez tras otra. Cuando cree que ha despertado de un sueño, se ve envuelto en otro. Sueña que mastica la carne de una serpiente gigante, y su hambre ha cesado para siempre. Luego duerme en las garras de un cóndor y sigue soñando. Sueña que es un árbol, que todos lo maltratan. Al despertar, se ve a sí mismo soñando que es una gran tortuga, que lentamente arrastra un mundo, y luego que él mismo, que antes fue Yawar, es una laguna. Sueña con Caral, y percibe que su mente, ha tenido parte en uno de los bloques de la sagrada pirámide, y que cada unidad, así, de las entidades que componen el mundo, son habitables por el espíritu.

Cuando termina su fiebre, Yawar está en una cama, balbuceando nombres como Tlokn, Abnir y Kalpur. Se asusta a ver al anciano que le cuida, pero reconoce que es gracias a él que ha podido regresar al mundo. Pregunta si está en el imperio, o dónde, pero el anciano no habla.

Siente hambre y el perceptivo curandero ya le está preparando las cosas. Hace fuego con paciencia, pero con gran destreza. En breves momentos una flama calienta dos ollas colgadas encima de una hornacina, en donde un cálido fuego va recordándole a Yawar de sus intensas fiebras, y de pronto teme despertar otra vez.

El anciano le habla, pero no con su voz, ya que usan idiomas distintos, sino que, más bien, le habla como los antiguos se comunicaban: mediante la mente. Con su pensamiento le dice que está a salvo y que ha tenido suerte de no ser una persona cualquiera. Yawar se queda frío del miedo, ya que nunca antes había sabido de esta forma de comunicarse, sin embargo, se repone e intenta pensar claramente.

Le indica que tiene hambre, pero se queda sorprendido al ver que el anciano ya está yendo a servirle una caliente sopa mágica. Sin saber bien qué decir, el soldado sin ayllu pregunta por su nombre, ante lo cual le vienen grandes ideas mezcladas, de las que puede rescatar dos visiones y un nombre: mira que están en la selva profunda, y bastante al sur, y el nombre que desentierra de sus pensamientos es el de Guaraní.

Le dice muy sinceramente: - “Guaraní, hermano, gracias, mi vida está a salvo por tu caridad”. Pero no recibe respuesta, sino una mueca como de risa. El anciano le entrega su caliente plato de comida y le ofrece una variada gama de pensamientos, de las cuáles Yawar comprende que él sí tiene ayllu, y es el mismo ayllu que el de los dioses del Hanan Pacha.

14. El Dios Hongo

El amauta Vichama relata algunos mitos durante el ceremonioso encuentro de los dos grandes señores. Mientras ofrece largos discursos, explica las ideas del mundo que comparten. De un lado, el señor de Kuelap, la fortaleza en las nubes, y del otro, el hijo del Sapa Inca, quien viene a proteger el oráculo, escuchan atentos, en frente de una mesa.

Los brebajes corren de lado a lado y las sonrisas están dibujadas en lo más jóvenes, pero completamente ausentes en los más viejos. Con recelo, unos se miran a otros, confundidos con los designios que la naturaleza tiene para cada uno. Los habitantes de las nubes, o Chachapoyas aplauden el discurso del amauta Vichama, y ceden el paso a su orador.

El sujeto tiene apenas un taparrabo y se sacude como un mono eufórico, contorsionando su figura de modos que desafían el mecanismo natural de lo humano. Endiablado, el sujeto emite sonidos que vibran muy profundo, como una suerte de cántico y cuando se detiene, enciende una gran pira de tabaco y esparce el humo por el recinto. Invita a fumar al hijo del Sapa Inca y al protector de Kuelap.

En una lengua hermana al quechua, el sujeto se dirige al soberano y a su corte. Les relata cómo el mundo se creó de una gran sopa y que en el caldero se acumularon organismos sueltos hasta que se unieron replicando el modelo del Tawa Inti Suyo. Así, los hongos, fueron unos de los organismos fundamentales que aparecieron sobre la faz de nuestro mundo.

De los hongos, brotaron otros seres, pero que eran producto de su pensamiento, así, los árboles, peces, insectos, animales, aves y reptiles quedaron manifestados a la exposición de la existencia. El ser humano apareció ahí, mucho después, para servir a la naturaleza. Cuando dijo esto, algunos en la corte imperial se incomodaron, puesto que era una sabida cuestión en disputa, pero los ánimos se calmaron rápidamente.

El orador prosiguió; De acuerdo a sus ideas, los hongos y las plantas son los abuelos. Nuestros hermanos son los animales; no somos otra cosa. El tabaco que salía de sus bocanadas inundaban todo el recinto de la gran fortaleza y el orador explicaba que los espíritus invisibles habían sido atraídos por los humos primordiales, y que sus poderes curadores habían sido enseñados a los chamanes que practicaban el arte de la aspiración y exhalación de humos.

El tabaco mismo, se afirmaba, era una descendiente de otras substancias, dentro de las cuales, algunas eran divinas. Todo esto había sido enseñado por “aquellos que son lo más elevado”, o Maninkaris, y que son llamados, de la misma manera como “nuestros amigos” o Ashaninkas. Este pueblo, amigo del pueblo de las nubes, había compartido sus visiones, y las sombras danzantes visitan a todo aquél que produce humo dulce.

El hombre que daba el discurso hablaba de la gran serpiente, como metáfora de la madre tierra, y planteaba que la yuca había sido creada por la Luna, para alimentar al pueblo, y frente a esto, los imperiales se sorprendieron, porque ellos además conocían el camote y absurdas variedades de papas y granos.

Cuando ambos bandos hubieron puesto sus creencias en sabiendas del otro, los grandes señores conversaron. Lo hicieron como amigos, pero con cautelar, ya que detrás de ambos se postraban los intereses de grandiosos pueblos. Los imperiales del Cuzco gustaban de respetar las creencias, pero los pueblos libres de la selva tenían pensamientos que muchas veces conflictuaban con las ideas establecidas del imperio actual; y esto no era extraño, ya que ambas culturas provenían de mundo bastante distintos, y haría falta muchísima paciencia para desenredar los problemas tanto del lenguaje, como de la realidad misma, para poder armonizar ambas perspectivas.

Sin embargo, este escenario ideal no se cumpliría en el encuentro, y más bien, por el contrario, al término de la jornada, ambos bandos se irían algo ofuscados, por no haber podido encontrar equilibrio entre sus perspectivas. El divino hijo del Sapa Inca había señalado con verdad que una sombra acechaba a los oráculos, pero los de la selva no lo habían creído, refiriendo que cuando el sol aparece, la sombra es más pronunciada del otro lado de la cordillera, pero que ahí estaban bien, y el Uku Pacha no llegaría tan lejos.

El soberano protector quería darles a entender que quería proteger los dominios del imperio, pero los de Kuelap, que congregaban a señores de tierras muy lejanas y en representación de centenas de pueblos, habían reparado en que estas zonas estaban bien gobernadas y no necesitaban un Inca que les proteja.

Había algo en lo que estaban de acuerdo: el oráculo de los dioses había sido ubicado ahí, para ser compartido y protegido por los hijos de los dioses. Respecto a qué dioses eran estos, o cuáles eran sus nombres, su número, sus naturalezas o sus representaciones, había, y habrá siempre, una controversia sumamente amplia y acalorada.

15. Camino a Cuzco

¿Cuándo fue la última vez que comió en abundancia y con ganas? Yawar no lo recuerda. Desde hace semanas camina sin descanso hasta encontrar un camino, pero el imperio no está presente en este lugar tan lejano todavía. Se alimenta de semillas y ocasionales frutos, pero su recuerdo de haber masticado a una serpiente le quita el hambre de inmediato.

Sus ropajes se han deshecho y lo que era un uniforme nuevo y limpio, ahora no es más que un harapo salvaje. Como un homínido perdido recorre la floresta el solitario Yawar. Recuerda el pasado, pero apenas empieza a tener en los pensamientos a cierta muchacha de piel canela, luego sus visiones de disipan en la espesura del océano de verdes vegetaciones.

Al llegar a un pueblo se siente perdido y nadie habla su idioma, por lo que se mantiene cauteloso y procura no levantar sospechas. Cruza por una choza que tiene un hacha bastante bonita y la anhela: pero recuerda su código: no robarás, no mentirás, no serás haragán, y sin mayor estímulo, prosigue la ruta que el anciano telepático le indicó.

Siguiendo una estrella, cuyo nombre desconoce, Yawar camina de noche y descansa de día, armado sólo con un bastón que no ha terminado de afilar. Recuerda la misión que le otorgó su curandero: le indicó entre visiones y pensamientos que debía seguir el camino de la estrella roja, para alcanzar una gran ciudad, en donde encontraría a su abuelo, cuyo nombre le sonaba a Yawar, pero que ahora no tenía presente quién podría ser: le había dicho: - “Tu eres nieto del mismo Sapa Inca, debes ir a conocer a tu abuelo”.

Yawar no había tenido familia, ni ayllu, hasta ahora, y se emocionaba de pensar que habría un lugar en donde lo podría encontrar, de suerte que con esta idea encima, caminaba sin descanso, intentando no entrar en conflicto con nadie. Y esto había probado ser bastante dificultoso, ya que, en una ocasión, una turba de guerreros había pasado por un pueblo con el cuerpo descuartizado de un soldado incaico, de modo que Yawar se sintió agradecido de haber perdido el uniforme imperial. Del mismo modo debía ocultar su lengua, para lo cual ya había entrenado lo suficiente.

16

17 Canela

18

19 Conociendo al Abuelo

20

21 El gran encuentro

22 Exilio al norte